

# La Ilustración Artística

AÑO XXIII

← BARCELONA 28 DE MARZO DE 1904 →

NÚM. 1.161

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

## ARTE RELIGIOSO



¡PIETÁ!, cuadro de Lamberto Gorla. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Roma.)

El artista que logra producir una impresión profunda tratando un tema gastado, que ha inspirado hermosas obras a los más grandes maestros de la pintura, bien puede alabarse de haber logrado un éxito que se sale de lo normal y corriente. El grupo que con el nombre de *Pietà* se conoce ha sido represen-

tado millares de veces en el lienzo y en el mármol, y no es aventurado afirmar que los artistas más famosos han consagrado por lo menos uno de sus cuadros ó de sus esculturas á reproducir la conmovedora escena de la Virgen Madre abrazada al cadáver de su Divino Hijo. Sin embargo de ello, el notable pin-

tor italiano Lamberto Gorla no ha vacilado en tratar este mismo asunto, y justo es reconocer que lo ha hecho con verdadero talento, pues así la figura de la Virgen como el cuerpo de Jesucristo yacente están admirablemente trazados, y por su expresión y por su ejecución revelan la mano de un artista de mérito.

## ADVERTENCIA

Está encuadrándose y próximamente lo repartiremos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el primer tomo de la presente serie, que es el primero de la obra de Fernando Nicolay HISTORIA DE LAS CREENCIAS, SUPERSTICIONES, USOS Y COSTUMBRES (según el plan del Decálogo).

Esta obra de excepcional importancia puede calificarse de maestra; á ella ha dedicado su autor más de treinta años de estudios profundos, consultando más de 15.000 volúmenes, folletos, revistas y documentos procedentes de todos los puntos del globo, habiendo visto recompensado su trabajo, no sólo con el éxito inmenso que su libro ha tenido en Francia, sino además con los premios que al mismo han concedido la Academia Francesa y la Academia de Ciencias Morales y Políticas de París.

La traducción de la obra ha sido hecha por D. Juan B. Ensenat, miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia.

El tomo va ilustrado con gran número de grabados.

## SUMARIO

**Texto.**—*Crónica de teatros*, por Zeda. — *El tío Judas*, por Antonio de Valbuena. — *Crónica de la guerra ruso-japonesa*. — *Nuestros grabados*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *La novela de un viudo* (continuación). — *Emilio Sauer*. — *Paisaje*, cuadro de José María Marqués. — Libros recibidos.

**Grabados.**—*¡Piedad!*, cuadro de Lamberto Gorla. — Dibujo de Camps que ilustra el artículo *El tío Judas*. — *Jesucristo en la cruz*, escultura de Jerónimo Suñol. — *¡Piedad!*, grupo escultórico de Venancio Vallmitjana. — *Guerra ruso-japonesa*. *Coreanos leyendo en Seúl la noticia de la declaración de guerra*. — *Tropas japonesas dirigiéndose á la estación del ferrocarril de Toquio*, dibujo de Francisco Dadd. — El capitán *Reitzenstein*. — El almirante *Stark*. — *Jesucristo y los apóstoles*, cuadro de J. Vehle. — *¡Quo vadis, Domine!*, cuadro de R. Maluta. — *Cristo*, escultura de José Llimona. — *Emilio Sauer*. — *Paisaje*, cuadro de José M.<sup>a</sup> Marqués. — *Voladura de una cantera en Santa Cruz de Tenerife*. — *San Lucas*. — *San Juan Evangelista*, cuadros de E. T. van Hove.

## CRÓNICA DE TEATROS

Hazte cuenta, lector, que por arte de encantamiento un mágico prodigioso te traslada á las orillas del Ganges, y que guiado por el tal mágico, penetras en las intrincadas selvas que se extienden al pie del Himalaya ó paseas por las calles de Calcuta ó asistes á fiestas y ceremonias regias en algunos de aquellos palacios que describen los poemas orientales... Si tu fantasía evoca y finge todo este mundo exótico y deslumbrante, tendrás idea de la asombrosa creación que han sabido realizar María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza al poner en escena *El dragón de fuego*.

Magnífico es el decorado, pero con mucho le superan en magnificencia los muebles y los trajes. Ni en unos ni en otros hay nada de guardarropía: cada cosa ha sido construída ó confeccionada ad hoc en los mejores talleres y por los más hábiles artífices. Tapices, túnicas, mantos, plumeros y joyeles, todo es lujoso, todo artístico, todo rico...

Y sin embargo, *El dragón de fuego*, aunque adornado y defendido con tan esplendorosas é inusitadas galas, sólo á duras penas pudo obtener la noche de su estreno lo que los franceses llaman un *sucess d'estime*: las artes escénicas, que deben ser lo secundario ó más bien lo accesorio en la obra dramática, convirtiéronse en lo principal en la comedia de Benavente: el maquinista, el pintor escenógrafo, el mueblista y el sastre eclipsaron al autor. Quizás Benavente no se propuso al escribir su *Dragón de fuego* hacer servir el arte literario de pretexto para una exhibición de trajes y telones; pero es lo cierto que este ha sido el resultado, aunque fuese otro el propósito.

Y no quiere decir lo anterior que *El dragón de fuego* no contenga grandes bellezas literarias. Estoy por asegurar que ninguna de las obras de Benavente tiene tantos primores de detalle, conceptos tan altos ni frases tan felices como su última producción escénica; pero en ella faltan aquel vigor y relieve de los caracteres, aquella rápida y enérgica expresión de las pasiones, aquella cohesión é interés, sin cuyas cualidades la obra dramática no puede cautivar la atención de los espectadores. No bastan unas cuantas perlas para formar un collar; es necesario ante todo que estén convenientemente ensartadas.

En *El dragón de fuego* se pintan, á la verdad con muy negros colores, los procedimientos perversos con que la astuta Silandia—que es sin duda «la pérfida Albión»—logra apoderarse del Nirvan (un país cualquiera de las orillas del Ganges). Los procedimientos silandeses consisten en sembrar el odio y la desconfianza en el país apetejado, fomentando las divisiones en la familia reinante y la revuelta en los

pueblos á fin de justificar la intervención, y por consiguiente, la conquista.

Al cabo esta política astuta da el resultado previsto, y tras una tragedia espantosa en el palacio real y una sublevación sofocada á tiros en el país, el reino del Nirvan queda de hecho sometido á Silandia y el rey nirvanés Danizar convertido en súbdito coronado de aquella poderosa nación.

Ni la lucha entre los dos pueblos, ni las desventuras de Danizar, ni el trágico desmoronamiento de la real familia lograron avivar, ni fijar siquiera, el interés del público, que salió del teatro haciéndose, sí, lenguas del lujo y riqueza desplegados en la *mise en scene* y el atrezzo, pero fatigado de los episodios un tanto incoherentes y de la tristonía monotonía de la obra.

\* \* \*

El lujo con que, según queda dicho, ha sido presentado *El dragón de fuego* en el Español, forma violentísimo contraste con la manera miserable y ruin con que la *troupe* Leblanc ha ejecutado en la Comedia unas cuantas obras de Mæterlinck. Ni decorado, ni vestuario, ni nada verdaderamente artístico—en lo tocante á la representación—traía la susodicha compañía. Los dramas del escritor belga han sido torpemente mutilados por sus intérpretes y arregladores, ó mejor dicho, desarregladores. Ellos han suprimido personajes, cercenado actos, cambiado escenas, convertido, en fin, en merienda de negros las quintaesenciadas producciones del autor de *Monna Vanna*.

Tan graves atentados contra el arte no han sido obstáculo para que el público que por aquí llamamos selecto, y que lo es desde el punto de vista de la indumentaria, llenase las tres noches en que la tropa Leblanc ha funcionado el teatro de la Comedia, pagando las localidades á precios fabulosos.

Y no hay que decir que la elegante concurrencia perdonaba el coscorrón por el bollo, quiero decir que por el contentamiento y deleite estético de saborear las bellezas de los dramas de Mæterlinck pasaba por alto lo desatinado de la ejecución. Nada de eso: al público, en general, le aburría soberanamente la poesía etérea y quebradiza de puro sutil del escritor belga.

Cuatro obras han sido las ejecutadas: *Monna Vanna*, *Joycelle*, *Aglavaine y Selisette* y *La intrusa*. De todas ellas, la primera es la que más se acerca al patrón dramático corriente. Su argumento, sugerido, sin duda, por la historia de Judith, tiene bastante parecido con la escena capital de *Salambó*. Monna Vanna ó María Juana es la esposa del caudillo principal de los pisanos. Pisa está sitiada por los florentinos, mandados por un condottiero llamado Prinzipalle. La situación de los pisanos es tan desesperada que hasta se disputan, para comerla, la hierba que nace entre las losas de las calles. En tal extremidad se recibe un mensaje del campo enemigo: Prinzipalle levantará el cerco de la ciudad y mandará á ella cuantiosos víveres, siempre que Monna vaya sola y desnuda, envuelta en un manto, á pasar la noche en la tienda del condottiero. Guido, el esposo de Vanna, recibe el mensaje con la indignación que es de suponer en un marido enamorado; pero Vanna, sobreponiendo á su castidad el amor á la patria y su deseo de salvar de los horrores del hambre y del saqueo á los pisanos, decide someterse á la imposición de Prinzipalle.

En el segundo acto el mercenario de Florencia espera en su tienda la llegada de Monna Vanna. No se hace ésta esperar: envuelta en el manto que cubre su desnudez, preséntase ante el exigente caudillo. Afortunadamente, Prinzipalle no es un malvado: ama con pasión violenta á Monna Vanna, á quien conoció en época remota; pero cuando la ve en su poder y á merced de su voluntad, pórtase con ella, no como injusto forzador, sino como respetuoso y rendido caballero. Pisa, pues, será salvada sin detrimento de la honra de Vanna. En efecto, á una señal del condottiero, los sitiadores levantan el cerco de la ciudad, mientras un convoy de víveres preparado por Prinzipalle entra por las puertas de Pisa. Tan generosa conducta ha de ser castigada duramente por Florencia, que se considerará traicionada por el condottiero; pero Monna dice á éste: «Tú has salvado á Pisa; yo te salvaré á ti. Ven conmigo.»

Y juntos Monna y Prinzipalle entran en la ciudad, que delirante de alegría al verse libre de sus pasados males, aclama con entusiasmo á su salvadora. El único que no participa de tal entusiasmo es Guido: al contrario, arde en deseos de venganza contra el hombre á quien supone autor de su deshonra. En vano Monna jura y perjura que ha sido respetada; Guido no da crédito á tales juramentos; quiere dar muerte á Prinzipalle, y declara con toda solemnidad que solamente le concederá la vida si Monna Vanna

confiesa que ha pertenecido al condottiero. Monna entonces, en parte porque le indignan las dudas de su esposo, en parte porque su corazón no ha sido insensible al amor abnegado de Prinzipalle, declara cuanto Guido quiere, y pide que se le entregue al prisionero para vengarse—dice—de él, cosa que el esposo, encantado «El amor es más poderoso que la muerte,» y *Aglavaine y Selisette*, en que el autor se propone demostrar que el amor verdadero es aquel que, libre de celos y de toda pasión baja, encuentra su supremo deleite en el sacrificio.

Más originales y de mayor encanto que *Monna Vanna*, verdaderos poemas llenos de misteriosa vaguedad, son *Joycelle*, paráfrasis en cinco actos de la repetida afirmación cuyo origen arranca de las *Sagradas Escrituras* «El amor es más poderoso que la muerte,» y *Aglavaine y Selisette*, en que el autor se propone demostrar que el amor verdadero es aquel que, libre de celos y de toda pasión baja, encuentra su supremo deleite en el sacrificio.

Pero ninguno de estos poemas representables es tan emocionante y sugestivo como el tético cuadro titulado *La intrusa*, en el cual Mæterlinck logra hacer sentir al público el invisible paso de la muerte por la escena. De todas las obras representadas por la compañía Leblanc, sólo *La intrusa* llegó á interesar y á conmover al público.

\* \* \*

Días antes de la llegada á Madrid de la compañía Leblanc, y con motivo del beneficio de María Tubau, en el teatro de la Princesa se estrenó un diálogo de Doña Emilia Pardo Bazán, titulado *La suerte*. El público escogidísimo que llenaba aquella elegante sala, y del cual formaba parte la familia real, tributó á la insigne escritora una ovación entusiasta.

Al diálogo de la señora Pardo Bazán puede aplicarse aquello de *Maximus in minimis*: lo reducido de sus proporciones no es obstáculo para la grandeza de su mérito, antes bien avalórase éste por la dificultad que supone desarrollar en tan breve tiempo (20 minutos) una verdadera tragedia, con sus caracteres vigorosamente trazados, su interés gradual, su lógica y conmovedora catástrofe.

Na Bárbara es una anciana gallega que allá en sus lejanas mocedades ha recogido á costa de inaudito trabajo una buena porción de arenillas de oro, de las que arrastra el Sil en su corriente. Aquel oro tan ruda y fatigosamente ganado, escondido ahora en el fondo de viejo arcón, constituye para la pobre vieja algo así como la substancia de toda su vida de trabajo, la sangre, como ella dice, de su mocedad. Con Na Bárbara vive Payo, mozo sacado por la anciana del Hospicio. Es el tal Payo tan tímido y para poco como la más asustadiza muchachuela. Mas á pesar de su timidez y apocamiento, las burlas del novio de Margarida, moza á quien Payo quiere con toda su alma, le sacan de tino y le encienden la sangre.

Todo esto se lo cuenta el muchacho á su protectora, después de decirle que acaba de salir soldado. La vieja, conmovida por el relato de Payo, abre el arca en donde guarda el oro del Sil y se lo entrega al joven para que se libre del servicio militar. «Toma—le dice.—Ese mal hombre que te echa en cara que no tienes madre, verá que tienes aquí en Na Bárbara una mujer que como á hijo te quiere.»

En este momento, y al salir Payo de la cabaña con el saquito de las arenillas de oro, encuéntrase con Margarida y su novio, los cuales, como de costumbre, se burlan de él. El muchacho, furioso, lánzase sobre su rival, la moza huye asustada, luchan encarnizadamente los dos hombres y el pobre Payo cae en el río con el tesoro de la anciana. Na Bárbara, que aterrada ha presenciado esta escena, exclama con supersticiosa resignación: «¡La suerte!»

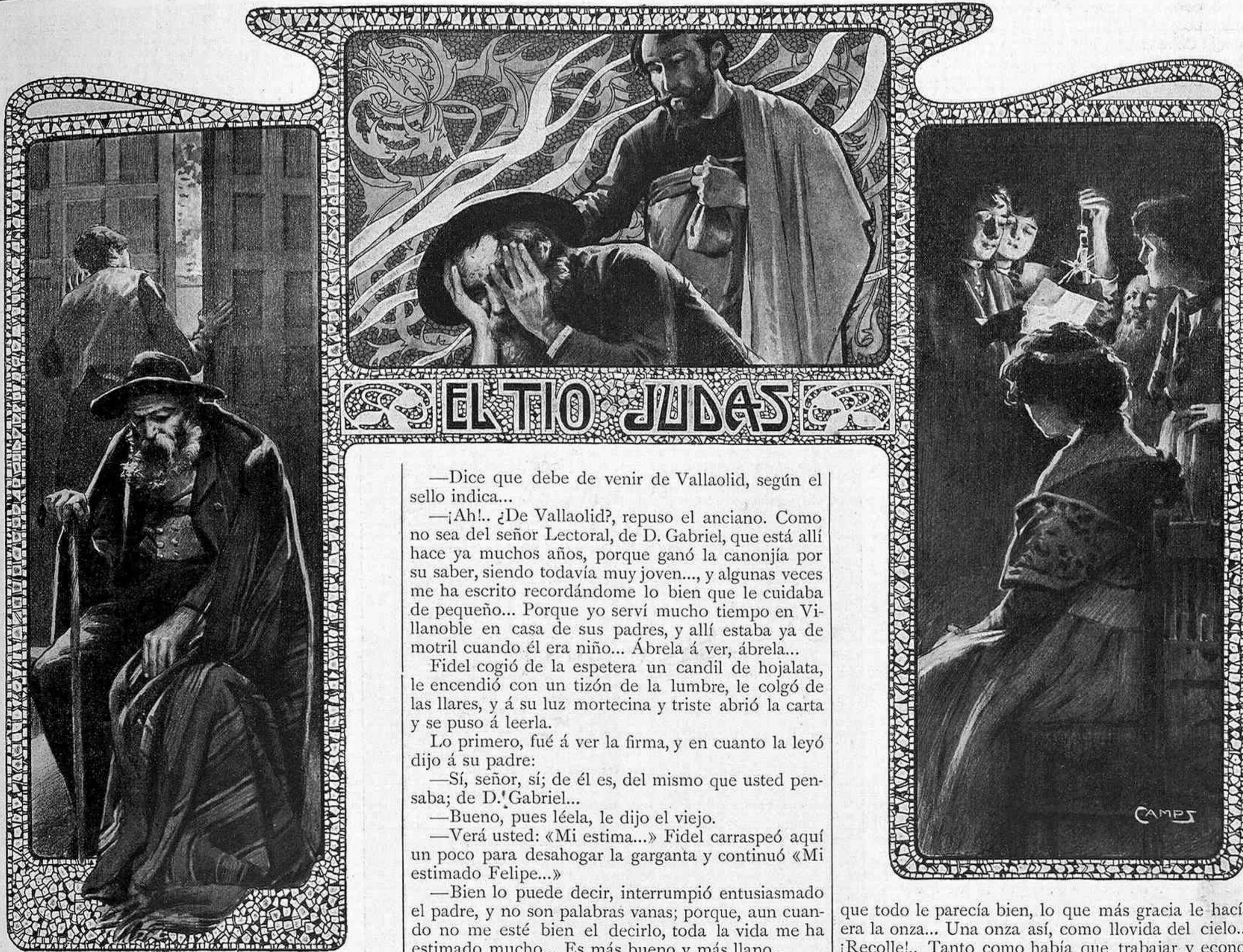
Tal es, mal contado, el argumento de esta conmovedora tragedia, que su autora llama modestamente *diálogo*, y que en mi entender es lo más acabado y perfecto de cuantas obras se han estrenado este año en los teatros madrileños.

\* \* \*

El género llamado chico sigue de mal en peor. En Apolo, «la catedral del susodicho género,» venía anunciándose con bombo y platillo una zarzuela de los Sres. Arniches y Caballero, titulada *El día de San Eugenio*. Llegó la noche de tal día, y el público, que está ya harto de melodramas comprimidos, chulas sensibles y chulos románticos, armó en la *catedral* un escándalo como el que suele armarse en las catedrales de verdad los días de tinieblas.

Ha sido esta grita una advertencia que sin duda no ha caído en saco roto, porque es lo cierto que las empresas de los teatros por horas se muestran muy parcas en estrenos.

ZEDA.



—Dice que debe de venir de Vallaolid, según el sello indica...

—¡Ah!.. ¿De Vallaolid?, repuso el anciano. Como no sea del señor Lectoral, de D. Gabriel, que está allí hace ya muchos años, porque ganó la canonjía por su saber, siendo todavía muy joven..., y algunas veces me ha escrito recordándome lo bien que le cuidaba de pequeño... Porque yo serví mucho tiempo en Villanoble en casa de sus padres, y allí estaba ya de motril cuando él era niño... Ábrela á ver, ábrela...

Fidel cogió de la espetera un candil de hojalata, le encendió con un tizón de la lumbre, le colgó de las llaves, y á su luz mortecina y triste abrió la carta y se puso á leerla.

Lo primero, fué á ver la firma, y en cuanto la leyó dijo á su padre:

—Sí, señor, sí; de él es, del mismo que usted pensaba; de D. Gabriel...

—Bueno, pues léela, le dijo el viejo.

—Verá usted: «Mi estima...» Fidel carraspeó aquí un poco para desahogar la garganta y continuó «Mi estimado Felipe...»

—Bien lo puede decir, interrumpió entusiasmado el padre, y no son palabras vanas; porque, aun cuando no me esté bien el decirlo, toda la vida me ha estimado mucho... Es más bueno y más llano...

El hijo aprovechó la interrupción para ir leyendo la carta en silencio, por si decía alguna cosa que no debiera oír Maturrangas, y cuando se convenció de que no había peligro ninguno, volvió á leer alto. La carta decía:

«Mi estimado Felipe: Como no me olvido nunca de ti, ni de tus buenos servicios en casa de mis padres, y me acuerdo especialmente del cariño con que me tratabas cuando me ibas á llevar á la escuela, he pensado que te convendría una plaza de apóstol en León en esta Semana Santa, y habiendo escrito al vuestro señor obispo pidiéndosela para ti, me la ha concedido. De modo que el Lunes Santo por la mañana te pones en camino para dicha ciudad, acompañándote tu hijo ó tu yerno, porque ya, á la edad en que estás, no debes viajar solo. Llegas á León, Dios mediante, el martes por la tarde; te presentas luego al secretario de Cámara de Su Ilustrísima diciéndole que eres mi recomendado, y ya no tienes que hacer más que lo que él te mande. Así recibirás lo primero no poco provecho espiritual meditando en los misterios sublimes de nuestra redención, al tomar parte en su representación augusta, y además te darán bien de comer, te vestirán de nuevo de pies á cabeza, pantalón, chaleco y chaqueta de paño de Prádanos decente, sombrero y zapatos, y te darán una onza de oro, que no te vendrá mal para ayuda de vivir, según lo contrarias que se van poniendo las cosas.»

«Que Dios te conserve en gracia y en salud, como lo desea y se lo pide tu afectísimo

»GABRIEL DE VIANA.»

No es cosa fácil, ni posible siquiera, pintar con palabras la alegría que se apoderó del tío Felipe al verse tratar con tanta amabilidad por persona tan ilustre, y al considerar la fortuna que se le venía encima... Un vestido nuevo de arriba á abajo cambiar su ropa de sayal vieja y remendada por otra nueva de paño recién salido de la tienda..., y como si esto no fuera bastante, una onza de oro por añadidura... Todo ello aparte del honor de que le lavara los pies el señor obispo y de que le hablara y conversara con él, que seguramente lo haría muy afable, por consideración á la persona que le recomendaba...

También Fidel se puso contento; pero á éste, aun-

que todo le parecía bien, lo que más gracia le hacía era la onza... Una onza así, como llovida del cielo... ¡Recolle!.. Tanto como había que trabajar y economizar para que, después de pagar el tercio de contribución, quedara de repuesto siquiera un duro..., y encontrarse con dieciséis de un golpe...

Como la llegada de una carta á Vallejin era casi un acontecimiento, y más viniendo dirigida á un pobre viejo y retirado del mundo como el tío Felipe, la mujer con quien primero había hablado el concejal portador contó en seguida el caso á otra, esta otra se lo dijo á otras varias; así fué que pronto cundió la noticia por el lugar, y las personas curiosas, mujeres la mayor parte, unas á título de parientas, otras de vecinas, fueron desfilando hacia casa del tío Felipe á ver de quién era la carta y qué traía de bueno; de manera que al cuarto de hora ó poco más, estaba ya llena de gente la cocina.

La primera que llegó fué Marcela, una hermana del cuñado de Fidel, y nada más entrar, preguntó á éste llanamente:

—¿De quién es la carta, niño?

—De un señor canónigo de Vallaolid, la contestó él; del señor Lectoral..., un señor muy sabio y muy bueno, que es amigo de mi padre...

—Y qué dice, volvió á preguntar ella.

—Que tiene que ir mi padre á León á ser apóstol.

—¡Jesús! ¿Ahora otra vez?.., dijo una rapazona que había entrado detrás de Marcela.

—¿Cómo que otra vez?, la replicó Fidel. Mi padre no ha sido todavía ninguna vez apóstol.

—Pero digo que si otra vez va á haber apóstoles ahora, replicó ella, como cuando Nuestro Señor andaba por el mundo.

—No, mujer no, la dijo el tío Felipe; los apóstoles de ahora son figurados, vamos al decir; son una representación de aquéllos...

—Justo, añadió Maturrangas, queriendo meter su cucharada y lucir su saber; son doce pobres, á quienes el Jueves Santo da de comer el señor obispo y les lava los pies en memoria de que lo hizo Jesucristo con los doce apóstoles; y uno de esos doce pobres va á ser este año el tío Felipe.

—Eso de pobres, dijo Fidel, será según se entienda; porque mi padre verdad es que no es rico, pero tampoco anda ni anduvo nunca pordioseando, ni querrá Dios que llegue á pordiosear, mientras yo tenga manos para manejar la esteva y la azada y el hacha...

Llegó la carta del señor Lectoral un domingo al obscurecer, á la hora y en el día en que solían llegar á Vallejin las cartas, porque las traía de la Llosa el individuo de Ayuntamiento cuando volvía de la sesión, que se celebraba siempre los domingos por la tarde.

A la Llosa, que era la capital, venía un peatón lo menos dos veces á la semana, y hasta tres en buen tiempo; pero las cartas que había para los otros pueblos del Municipio, que no solían ser muchas, aun cuando llegaran el lunes, allí se tenían que estar en la estafeta, que era la cocina del secretario, rodando por encima de la trébede, hasta el domingo.

El de Ramos, señaladamente, al entrar en Vallejin ya casi de noche el concejal, que era por entonces un vecino á quien llamaban Maturrangas, porque en realidad sabía muchas, se cruzó en la calle junto á la casa bajera con una mujer que desde la última quinta tenía un hijo al servicio.

—¿No me traes carta?, le preguntó al pasar.

—No, la contestó él; no traigo más que una para el tío Felipe.

—¿Para el tío Felipe?.. Pues ¿quién le escribirá?, replicó ella.

—No sé... De Vallaolid me parece que viene, la dijo Maturrangas.

Y siguió por la calle arriba.

Al llegar á la casa del tío Felipe se ladeó hacia la puerta, llamó y salió en seguida Fidel, su hijo.

—Toma, una carta para tu padre, le dijo el regidor alargándosela.

—¡Colle!, ¿para mi padre?, dijo Fidel maravillado, ¿De quién demóginos será?..

—No sé... De Vallaolid es el sello que trae; pero de quién sea no es fácil saberlo... no abriéndola.

—Pues si quieres entrar, pronto lo averiguamos.

Y con la curiosidad de saber de quién era la carta, entró Maturrangas tras de Fidel hasta la cocina.

Allí estaba el tío Felipe bien abrigado tras de los tizones, y también se extrañó bastante cuando Fidel le anunció el suceso diciéndole:

—Trae Dionisio una carta para usted, padre.

—¿Una carta para mí?.. ¡Pero, hombre!.. ¿Pues quién se habrá acordado á estas horas de este pobre viejo?

CAMET

Bueno, rectificó Maturrangas: lo mismo es doce ancianos; pero quiere decirse que aquí en este pueblo nadie debe darse por ofendido de que le llamen pobre, pues el que más y el que menos...

A todo esto iba entrando gente en la cocina, y cada persona que entraba hacía las mismas preguntas: «¿de quién es la carta?.. ¿qué dice?»

Repetían con agrado el padre ó el hijo á cada interrogante las mismas contestaciones; pero algunas mujeres seguían haciendo preguntas y más preguntas, dejando entrever que no quedaban satisfechas si no se las leía la carta; y no tuvo Fidel más remedio que volver á leerla cuando una moza, menos disimulada que las demás, se lo suplicó expresamente.

—Léela otra vez, chacho, ¿qué te cuesta?..

—Bueno; pues coge tú el candil y alúmbrame bien, que allí colgado de los llares, con el humo que sube del hogar, apenas luce.

Cogió el candil la moza y comenzó Fidel á leer de nuevo la carta, rodeándole la concurrencia y empujándose las mujeres unas por detrás de las otras para verle bien, porque se las figuraba que, aun cuando oyeran la lectura, si no veían al lector no quedaban bien enteradas.

Cuando acabó de leer se multiplicaron los parabienes de los circunstantes al futuro apóstol y á su familia, que estaban llenos de satisfacción; pero no faltó quien se encargara de aguarles el vino.

—¿Y qué apóstol va á ser el tío Felipe?, preguntó una anciana que pasaba por algo sabihonda.

—¡Toma! Pues un apóstol cualquiera, dijo Maturrangas.

—Es que no consiste en decir cualquiera, replicó ella, porque tendrá que representar á uno determinado, tendrá que ser San Juan, ó San Pedro, es un suponer..., y lo malo será si le toca ser Judas.

—Eso sí que no me gustaría á mí, dijo Fidel.

—No, ni á mí tampoco, añadió su padre.

—Lo digo, continuó la autora de la observación, porque un tío de Valnegro creo que fué apóstol en Palencia, como lo va á ser ahora en León el tío Felipe, y diz que fué Judas, vamos que representó á Judas, y con eso todos le llamaban después *el tío Judas*, y á la postre concluyó, como el otro, por ahorcarse.

—¡Jesús! ¡Ave María Purísima!, dijeron asustadas las mujeres, casi todas á un tiempo.

—Sí, sí: continuó la que estaba hablando, diz que se ahorcó un domingo mientras misa, y cuando salió la gente, le vieron á la puerta de su casa colgado del cumbral... Todavía creo que vive un nieto y le llaman *el nieto del tío Judas*.

—No, pues lo que es mi padre no será Judas, dijo Fidel impresionado: que sea San Juan, ó San Pedro, ó Santiago...

—O San Felipe, le interrumpió Maturrangas, ya que se llama así...

—Bueno, que sea San Felipe, continuó Fidel; pero Judas, de ningún modo... Primero nos volvemos para casa... No quiero yo que luego llamen á mi padre *el tío Judas*, ni que me llamen á mí *el hijo del tío Judas* ni á mis hijos *los nietos del tío Judas*...

A otro día muy temprano, despedidos por toda la gente del pueblo, salían para la ciudad el tío Felipe y su hijo, el primero montado en una yegua vieja, algo ranga del cadril izquierdo, y el segundo de espollista.

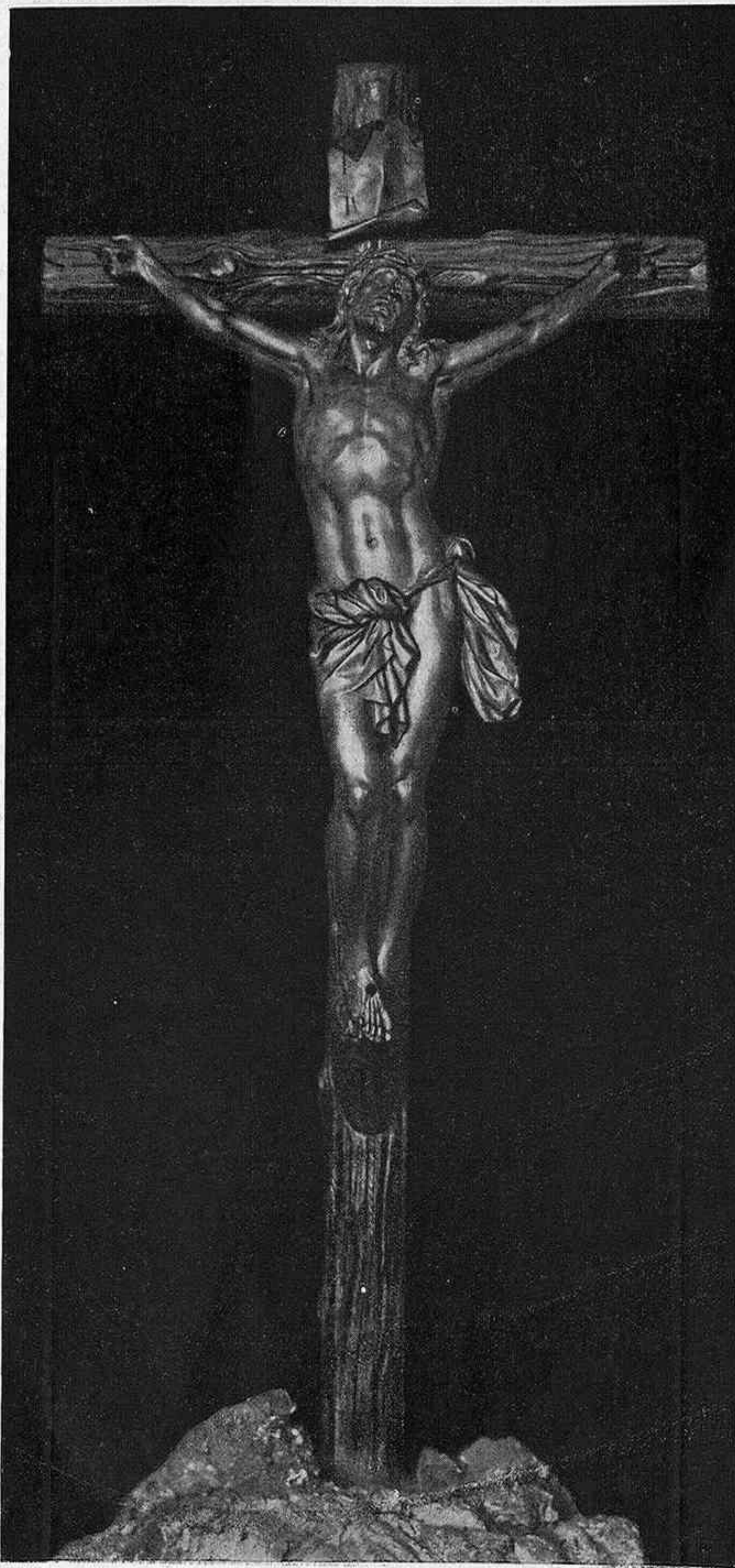
Al pasar por Villanoble fueron á ver á los hermanos del Lectoral para darles noticia del beneficio que acababa de hacerles y manifestar su agradecimiento. Pero como Fidel iba tan preocupado con la representación apostólica que pudiera corresponder á su padre, insinuó bien pronto sus temores de que le tocara ser Judas, por las malas consecuencias que eso podría traer, contando la historia de Valnegro, y manifestando por último su resolución de perderlo todo antes que consentir en tal infamia.

—No hagas caso de paparruchas, le dijo un hermano de D. Gabriel, que nada de eso tiene fundamento. Allí ninguno es Judas ni representa á ningún apóstol determinado: son doce ancianos que representan á los doce apóstoles y nada más. En Valnegro es verdad que se ahorcó hace muchos años un hombre, pero no es verdad que hubiera representado á Judas, ni que hubiera sido apóstol. Se ahorcó, según

oí decir á mi padre, porque siempre había sido malo, y el demonio le cogió por su cuenta, y le hizo cometer aquella atrocidad; y si le llamaron después *el tío Judas* era porque se había ahorcado...

Tranquilizados con esta explicación Fidel y el tío Felipe siguieron su camino.

Estaba un día espléndido: uno de esos hermosos



Jesucristo en la Cruz, escultura en madera de Torónimo Suñol

días del mes de abril que convidan á alabar á Dios en sus obras. Cruzando la hermosa vega de Villanoble, á la izquierda verdegueaban los prados como lujosa alfombra de esmeralda dividida en desiguales trozos por cintas de plata, que tales parecían las presas de regar, y festoneada de claveles y minutisas. A la derecha amarilleaban los trigos salpicados de amapolas. En los árboles de las selvas cantaban los jilgueros, los mirlos y los ruiseñores, y mezclándose con sus trinos alegres sonaba en el lejano monte el perezooso canto del cuco...

Cuando les pareció á los viajeros que era mediodía se ladearon hacia una campera á orilla del camino, se apeó el anciano, tendió Fidel su chaqueta del lado del revés ó sea con el forro para arriba, echó sobre ella tres murciadas de cebada de la que llevaban en las alforjas para pienso de la yegua, y la aproximó á comerlo. Sentándose luego ellos sobre el césped, confortaron sus estómagos con una tortilla de jamón y chorizo que sacaron de una fiambarrera de madera y con buenos tragos de un bote de vino tinto que llevaban también en las alforjas.

Después continuaron la marcha, yendo á dormir aquella noche á la taberna de Dos-Ríos, donde la tabernera, comunicativa y afable como todas sus paisanas, tramó pronto conversación con ellos mediante el exordio acostumbrado.

—¿De dónde son ustedes, aunque sea mala pregunta?

—De Vallejín, para servir á usted.

—Para servir á Dios, y que sea por muchos años.

—Y usted los vea.

—Van ustedes hacia la ciudad, ¿eh?

—Sí, señora, allá vamos, si Dios quiere.

—¿Van acaso á consultar con algún médico?

—No, señora; vamos á...

—Lo decía porque como *el señor* trae la cara encañada...

—No, señora, no es encañada: ese pañuelo que trae mi padre puesto por debajo de la barba y atado en el alto de la cabeza, es para que no le lleve el sombrero el aire... A lo que vamos es á...

Y la dijeron el objeto de su viaje y la leyeron de pe á pa la carta del señor Lectoral de Valladolid y la contaron la historia de éste y la de los servicios del tío Felipe en casa de sus padres, con otras muchas cosas que la tabernera seguramente no había pensado saber en su vida, sin ocultarla tampoco los temores que abrigaba Fidel de que á su padre quisieran hacerle representar á Judas, temores que se le habían recrudecido durante el día y que la tabernera no supo desvanecerle.

A otro día al rayar el sol siguieron el viaje, y antes de media tarde llegaban á su término.

Alojaronse en uno de los mesones más humildes del barrio de la Serna, y fueron en seguida á presentarse al secretario del señor obispo, que, enterado de que eran los recomendados del Lectoral, los recibió amable y afectuoso. Mandó llamar al sastre que había hecho los trajes, para que, tomando medida al tío Felipe, le escogiese el que pudiera sentarle mejor. Vino el sastre y en un instante acertó á probarle uno que le estaba pintiparado, con el cual y después de calzarse los zapatos y ponerse el sombrero ancho de ala, quedó el tío Felipe hecho un apóstol en toda regla.

—¿Hace mucho que no le ha visto á usted D. Gabriel?, le preguntó el secretario.

—Sí, señor, ya hace bastantes años que no nos vemos, contestó el tío Felipe.

—Pues ahora le dirá el señor obispo cuando le escriba que le hemos visto á usted muy bueno y muy guapo.

—Tanta amabilidad y llaneza por parte del secretario animó á Fidel á consultarle sobre sus temores, y comenzó con esta pregunta:

—Dígame usted, señor, y usted me perdone, ¿qué apóstol va á ser mi padre, si se puede saber?

—¿Cómo que qué apóstol?.. Cualquiera; uno de los doce indistintamente.

—¡Ah! ¿Conque no tiene que representar cada uno de estos apóstoles de ahora á un apóstol fijo de los de antiguamente?

—No, no es necesario.

—Pues había allá quien decía que sí, que uno tenía que ser San Pedro, otro San Juan, y así sucesivamente; y en ese caso tenía yo

que pedirle á usted una gracia; la de que mi padre no fuera Judas; porque, la verdad, yo no quisiera que mi padre fuera Judas por nada del mundo, porque Judas fué muy mala persona, y luego allá, que son muy amigos de poner motes, si se llegaba á saber, que sí se sabría, porque todo se sabe, que mi padre había sido Judas, le iban á dar en llamarle el tío Judas, y á mí el hijo del tío Judas y á los mis hijos los nietos del tío Judas...

—Pues mira, le interrumpió el secretario riéndose, que no haría mal Judas tu padre, porque algo rojo tiene el pelo.

—No, señor, usted perdone; no le tiene rojo; le tiene cano y un poco ahumado de allá de la cocina de casa, que es muy humosa...

—Bien, bien..., ya veremos de arreglar eso...

—Es que mire usted, continuó Fidel, yo, hablándole á usted con franqueza, venía decidido á que si me decían que mi padre tenía que ser Judas ó que había peligro de que fuera Judas, se volviese conmigo para casa sin ser apóstol.

—¡Pero, hombre!.. ¿Y te había de dar tan fuerte?

—Sí, señor, sí, decía Fidel muy resuelto. Y lo mismo le dirá á usted mi padre.

—Verdad es, señor, dijo el tío Felipe.

—Bueno, pues no tengas miedo, que no será Judas tu padre, le dijo el secretario reprimiendo la risa.



¡PIETÀ!, grupo escultórico en mármol de Venancio Vallmitjana

Y despidió á los dos hasta el Jueves Santo.

Después contó al señor obispo toda la entrevista que con el tío Felipe y su hijo había tenido y el temor y la repugnancia de Fidel y de su padre á que éste tuviera que representar al apóstol traidor, cosa que al prelado le hizo mucha gracia.

El Jueves Santo al servir la comida á los apóstoles se acordó del caso y preguntó al secretario:

—¿Cuál es el que no quería ser Judas?

—Este, dijo el secretario señalando al tío Felipe, el recomendado del señor Lectoral.

—Bien, bien, le dijo el señor obispo, dándole unas palmadas en el hombro: hace usted bien, que demasiados Judas hay por el mundo todavía.

De este modo se enteraron también los demás apóstoles de que el tío Felipe no quería ser Judas, y esto les sirvió de motivo de bromas.

Después cuando llegó la ceremonia principal del apostolado, la de irles lavando el señor obispo los pies á todos, uno por uno, en una palancana de plata y enjugárselos con una toalla de seda, todos estaban muy serios y muy poseídos del sagrado papel que representaban, pero más que todos el tío Felipe, que tenía una actitud de verdadera devoción, no exenta de temor de que el señor obispo volviera allí á decirle algo de Judas... Pero no; el prelado al llegar á él hizo lo mismo que con los demás, sin distinción alguna.

Al despedirse al día siguiente del señor obispo y del secretario para volverse á Vallejín, ya fué otra cosa: ya les embromaron á él y á su hijo con los temores que habían tenido de que le tocara representar á Judas.

Y otro tanto le pasó

al despedirse de los otros apóstoles, con quienes se trataba ya fraternalmente, pues varios le decían estrechándole la mano: «Adiós, el que no quería ser Judas,» y hasta hubo alguno que le dijo: «Adiós, Judas.»

En el viaje de vuelta, en la posada de Dos-Ríos y en casa de los hermanos de D. Gabriel, al pasar por Villanoble, también les recibieron con este saludo: «¡Hola! el que no quería ser Judas.»

Y por último, llegados á Vallejín, Fidel se esmeró en hacer entender á todos los vecinos del pueblo que su padre no había sido Judas; pero por eso mismo, todos, al hablar de él, decían: «el tío Felipe, el que no quería ser Judas,» «el tío que no quiso ser Judas.»

Y como este mote de «el tío que no quiso ser Judas» resultaba demasiado largo, pronto se le abreviaron llamándole sencillamente *el tío Judas*, y á Fidel *el hijo del tío Judas* y á los hijos de Fidel *los nietos del tío Judas*.

De manera que por huir demasiado del apodo, les cayó encima.

Que es lo que había ya dicho Horacio.

*In vitium ducit culpæ fuga, si caret arte.*

ANTONIO DE VALBUENA.

(Dibujo de Camps.)

## CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Estamos en un período de calma absoluta, que en la última semana no ha sido interrumpida ni siquiera

Stark, con Makarof es jugar con fuego; ahora bien, si el jugar con fuego no es siempre peligroso, por lo menos no es nunca prudente.»

A falta de noticias sensacionales, creemos interesantes algunos datos acerca de la movilización del ejército japonés.

En 25 de enero, ó sea algunos días antes del rompimiento de las negociaciones, el gobierno del Mikado había ordenado á ciertas unidades de tropas que estuvieran dispuestas á embarcarse al primer aviso, y las medidas al efecto adoptadas lo fueron en el mayor secreto. Pocos días después, deseando tener una base para sus desembarcos y creyendo que la ocupación de Corea sería un golpe de efecto que intimidaría al adversario y entusiasmaría á los japoneses, determinó transportar inmediatamente á Fusán, Masampón, Chemulpo y Gensán las tres divisiones que estaban prontas á partir, tales como se hallaban, es decir, organizadas en pie de guerra. Las otras diez divisiones, que con aquéllas completan el efectivo del ejército japonés, efectuaron su movilización en las condiciones normales; y para que se comprenda el esfuerzo que esto significa, bastará decir que una división, que en pie de paz comprende 11.000 hombres y 1.300 caballos, ha de tener en pie de guerra 21.000 hombres y 5.300 caballos, sin contar las tropas de reemplazo y las de depósito, cuya formación ha de asegurar. No hay que perder de vista tampoco que entre las unidades de que se compone la división movilizada las hay, como las columnas de víveres, las de municiones, los destacamentos sanitarios, etc., que no existen en tiempo de paz y que es

preciso, por consiguiente, organizar del todo en caso de movilización.

Algunos periódicos ingleses dan á entender que el Japón podrá oponer á los rusos un total de 500.000 hombres, pero esta cifra es evidentemente exagerada. Ciertamente movilizado comprende un efectivo de 520.000 hombres, pero de este número sólo están debidamente organizados y tienen verdadero valor militar el ejército activo, de 265.000 hombres, y las tropas de reemplazo, que ascienden á 60.000. En cuanto á las fuerzas de depósito y al ejército territorial, no han recibido, en su mayor parte, ninguna instrucción; además, los cuadros de oficiales son incompletos y muy inferiores á lo que sería necesario.

Finalmente ha de tenerse en cuenta que sólo las tropas activas y de reemplazo disponen de armas, efectos, víveres y municiones suficientes, y que por falta de medios nada se ha preparado hasta ahora para los depósitos y para el ejército territorial; de suerte que en mucho tiempo el Japón no podrá contar más que con aquéllas.

Aparte de todo esto, la movilización de las fuerzas activas se hace con gran lentitud á causa de la escasez de vías ferreas, las más de ellas de una sola vía, de la poca velocidad de los trenes y de las deficiencias del material.



GUERRA RUSO-JAPONESA. — Coreanos leyendo en Seul la noticia de la declaración de guerra de los japoneses contra los rusos. Dibujo hecho según un croquis trazado por un corresponsal en el teatro de la guerra. (Reproducción autorizada.)

por las escaramuzas navales á que tan aficionados se mostraron en un principio los japoneses. Sin duda han comprendido éstos que el procedimiento de atacar sin ton ni son á los barcos rusos y de bombardear las plazas de Puerto Arthur y Vladivostok desde distancias inverosímiles, no podía conducir á otra cosa que á gastar inútilmente fuerzas y proyectiles.

Un marino inglés, Mr. Jane, que es considerado como uno de los más inteligentes críticos en materias navales y que conoce perfectamente al comandante en jefe de la escuadra por haber sido compañero suyo en la Escuela naval inglesa, ha dicho en el periódico londinense *Daily Chronicle*, á propósito de esos ataques y bombardeos dispuestos por el almirante Togo: «Con otras tres ó cuatro experiencias como estas, los cañones, que ya no son nuevos, no valdrán nada absolutamente. Además, el gasto es enorme y los resultados son nulos. En una guerra de torpederos á la Makarof (el almirante ruso), un crucero rápido como el *Takasago* vale más que un acorazado, y es una locura haberlo dejado penetrar bajo el fuego de los fuertes. Es indudable que los japoneses, poniéndose al alcance de éstos, se exponen á peligros de todo punto inútiles, y si Togo no se quema en ello los dedos, tendrá más suerte de la que merece. En la historia naval nada hay que justifique lo que está haciendo, y si su táctica era posible con el almirante

Los japoneses se han instalado en Corea como en país conquistado; los empleados nombrados desde hace tiempo por el Japón no han tenido que hacer al llegar allí otra cosa que tomar posesión de sus desti-

neral cree que la verdadera causa es el haber caído en desgracia por el resultado de aquel primer ataque.

El espectáculo que desde el comienzo de la guerra ofrece el Palacio de Invierno de San Petersburgo, residencia de los tsares, es verdaderamente hermoso: por iniciativa de la tsarina se han instalado en sus inmensos salones oficinas y talleres adonde acuden desde la más aristocrática dama á la menestrala más humilde á trabajar para los soldados que están en el teatro de la guerra. Unas se ocupan en cortar y coser prendas de vestir; otras en preparar paquetes de algodón hidrófilo, vendas de gasa y tafetán aislador, que contienen los elementos necesarios para una primera cura; otras en disponer saquitos con te, tabaco,

son: 1.<sup>a</sup> Recepción de donativos en dinero y en géneros; 2.<sup>a</sup> Comprobación general y compra de primeras materias; 3.<sup>a</sup> Cancillería; inscripción de las señoras solicitantes y entrega de los billetes de trabajo;



El capitán REITZENSTEIN, comandante de la escuadra de Vladivostok



El general GREKOFF, jefe de la brigada de cosacos



El almirante STARK, jefe de la escuadra de Puerto Arthur al romperse las hostilidades

nos. Los coreanos, convencidos de su impotencia, nada dicen hasta ahora, pero según el corresponsal del Times, comienza á cundir en aquella península el descontento y aun parece que la poderosa corporación de los buhoneros ha tramado un complot; si los japoneses sufren algún contratiempo, este descontento pudiera ser para ellos de consecuencias fatales.

La concentración de los rusos en Mandchuria sigue verificándose metódicamente, con un orden y una tranquilidad admirables; y aunque son grandes las dificultades que se oponen á los movimientos de las tropas por aquellos caminos cubiertos de hielo, los soldados no se desaniman y su moral sigue siendo excelente.

El almirante Stark, comandante de la escuadra de Puerto Arthur, atacada por los japoneses, ha sido

etcétera. El número de señoras que diariamente trabajan en el palacio es de 1.000 á 1.200, siendo la que da mayor ejemplo de actividad la propia tsarina, que dedica gran parte de su tiempo á tan meritoria obra.

Estos trabajos se realizan con gran método, gracias á lo cual no se observa el menor desorden, á pesar de la diversidad de cosas á que allí hay que atender. Para conseguir este objeto, todas las colaboradoras

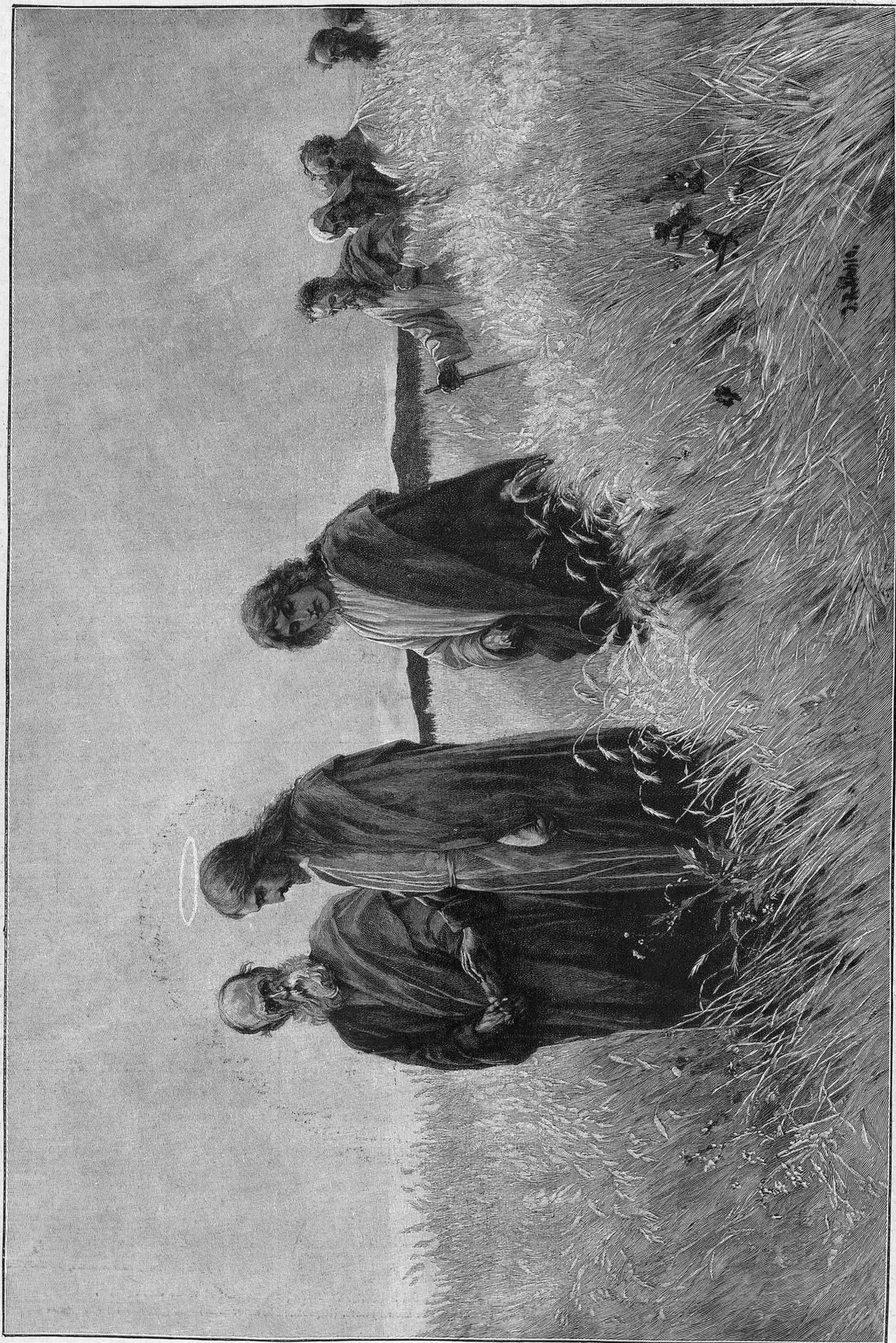
4.<sup>a</sup> Entrega de las primeras materias para los trabajos á domicilio; 5.<sup>a</sup> Distribución de los trabajos en el palacio; 6.<sup>a</sup> Corte de telas y efectos; 7.<sup>a</sup> Víveres; 8.<sup>a</sup> Medicina, y 9.<sup>a</sup> Envío de los efectos completamente dispuestos. Estas secciones están dirigidas por las damas más ilustres de la corte.

La Cruz Roja, á la cual están afectos los trabajos que se ejecutan en el Palacio de Invierno, cuenta actualmente con un capital de reserva de cinco millones de rublos, aparte de los donativos que á diario se reciben. Gracias á estos recursos, la Comisión ejecutiva, presidida por el conde Vorontsov-Dashkof, multiplica las iniciativas, habiendo podido en el primer momento constituir 26 ambulancias para 5.000 heridos, proveerse de medicamentos y de sueros de todas clases para 30.000 enfermos y adquirir mate-



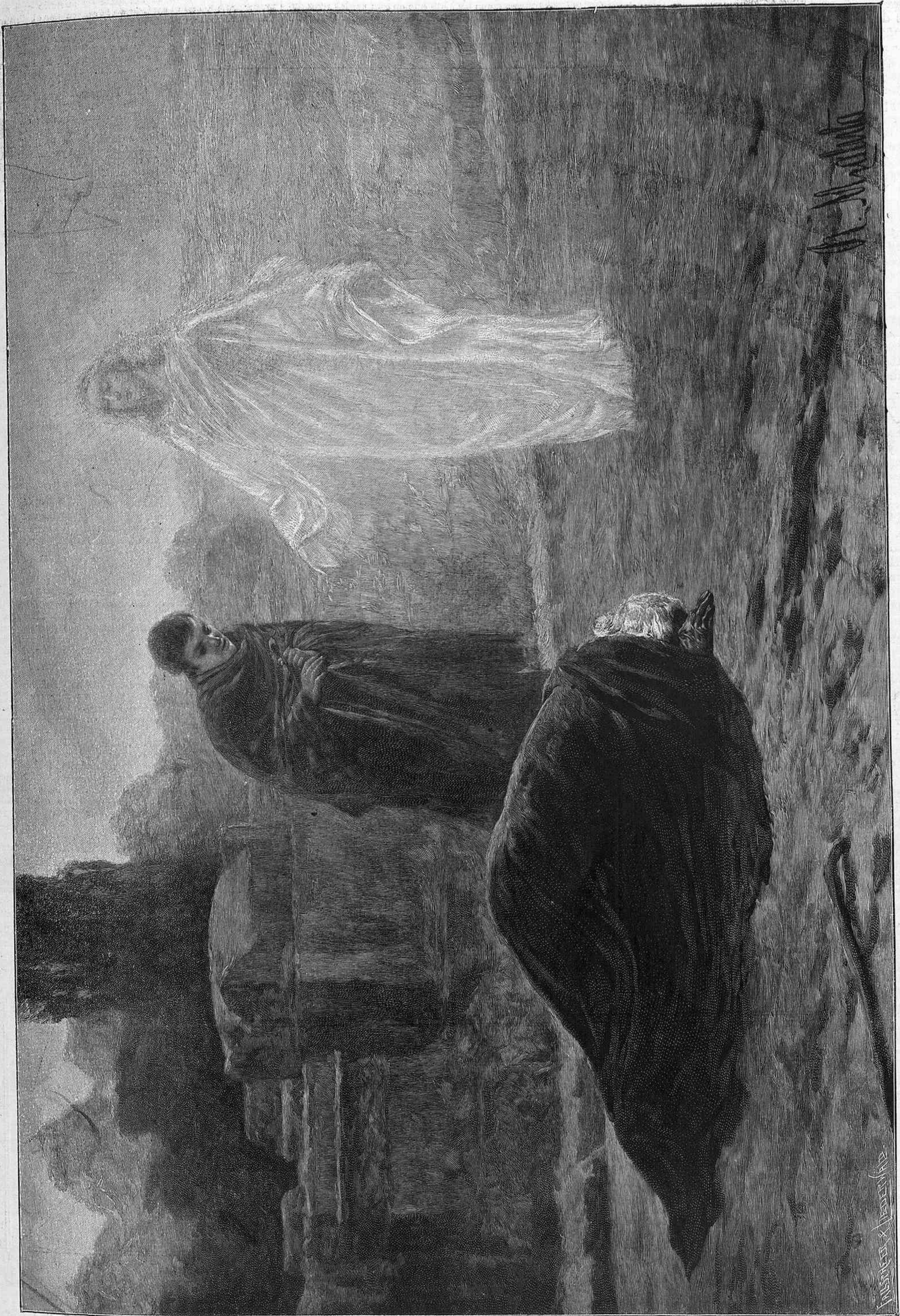
GUERRA RUSO-JAPONESA. - Tropas japonesas dirigiéndose á la estación del ferrocarril de Tokio para marchar al teatro de la guerra, dibujo de Francisco Dadd, hecho según un croquis de Lionel James. (Reproducción autorizada.)

destituído; y aunque el decreto de destitución dice que ésta obedece á motivos de salud, la opinión general han sido distribuídas en nueve secciones, cuyas primeras materias han sido designadas la emperatriz. Estas secciones riales para las curas de heridas por valor de 70.000 rublos. Además, destina dos millones á la constitu-



JESUCRISTO Y LOS APÓSTOLES, cuadro de J. R. Wehle. (Reproducción autorizada por la Sociedad Fotográfica de Munich.)





¿QUO VADIS, DOMINE?, cuadro de R. Maluta

ción de una reserva de los objetos necesarios y á la compra de géneros alimenticios, organiza en todas partes depósitos de dichos géneros y hospitales de campaña, expide trenes y moviliza á las enfermeras.

Hace pocos días, con ocasión de despedir á un destacamento que salió de Kolpino (pueblo distante una hora de San Petersburgo) para el teatro de la guerra, el general Batianof, presidente del Consejo superior del ejército, dirigió á los expedicionarios la siguiente alocución, que reproducimos porque, aparte de su hermosa elocuencia, en medio de su sobriedad, es una nueva demostración de los sentimientos que imperan en Rusia: «Tened valor, tened confianza, mis buenos soldados. El hombre sólo nace una vez y sólo una vez muere, pero ¡qué importa morir! En lo que hay que pensar es en emplear bien el intervalo. Acordaos de la frase de la Escritura: «La palabra sin obra no es nada.» Habéis de cumplir ahora una grande obra que la patria os confía. Vais á batiros; batíos bien. El emperador os manda que arrojéis al mar á todos los japoneses: no descanséis hasta que hayáis obedecido la orden del emperador y la exigencia de la patria.»

A su vez el pope, que había bendecido á los soldados, les dijo: «Vais á derramar vuestra sangre, ya que es preciso; pero acordaos, hijos míos, que si sois ardientes en la batalla habéis de ser compasivos en la victoria y caritativos con el vencido. Sed enérgicos y valientes; pero sed también buenos.»

Y puesto que de discursos hablamos, no nos parece fuera de lugar reproducir el que ha pronunciado el Mikado en la reciente inauguración de la Dieta japonesa:

«Por la presente inauguramos nuestra Dieta imperial, y dirigiéndonos á todos los miembros de las Cámaras de los pares y de los representantes, anunciamos con gran satisfacción que las relaciones con las potencias con las que tenemos tratados aumentan sin cesar en punto á cordialidad y buena inteligencia. Animado de un sincero deseo de mantener una paz permanente en el Extremo Oriente, nuestro gobierno, por orden nuestra, entró en negociaciones con Rusia; pero sentimos que por una falta de sinceridad de parte de ésta en sus manifestaciones pacíficas, nos hayamos visto obligados á apelar á las armas. Y después de haber adoptado tal resolución, no podemos vacilar hasta que se haya conseguido el objeto de la guerra. Nuestras fuerzas, en presencia de fatigas y de privaciones excepcionales, despliegan actualmente su lealtad y su valor inquebrantable, y esperamos que todos nuestros súbditos cooperarán, con unidad perfecta, á aumentar la gloria del imperio.»—R.

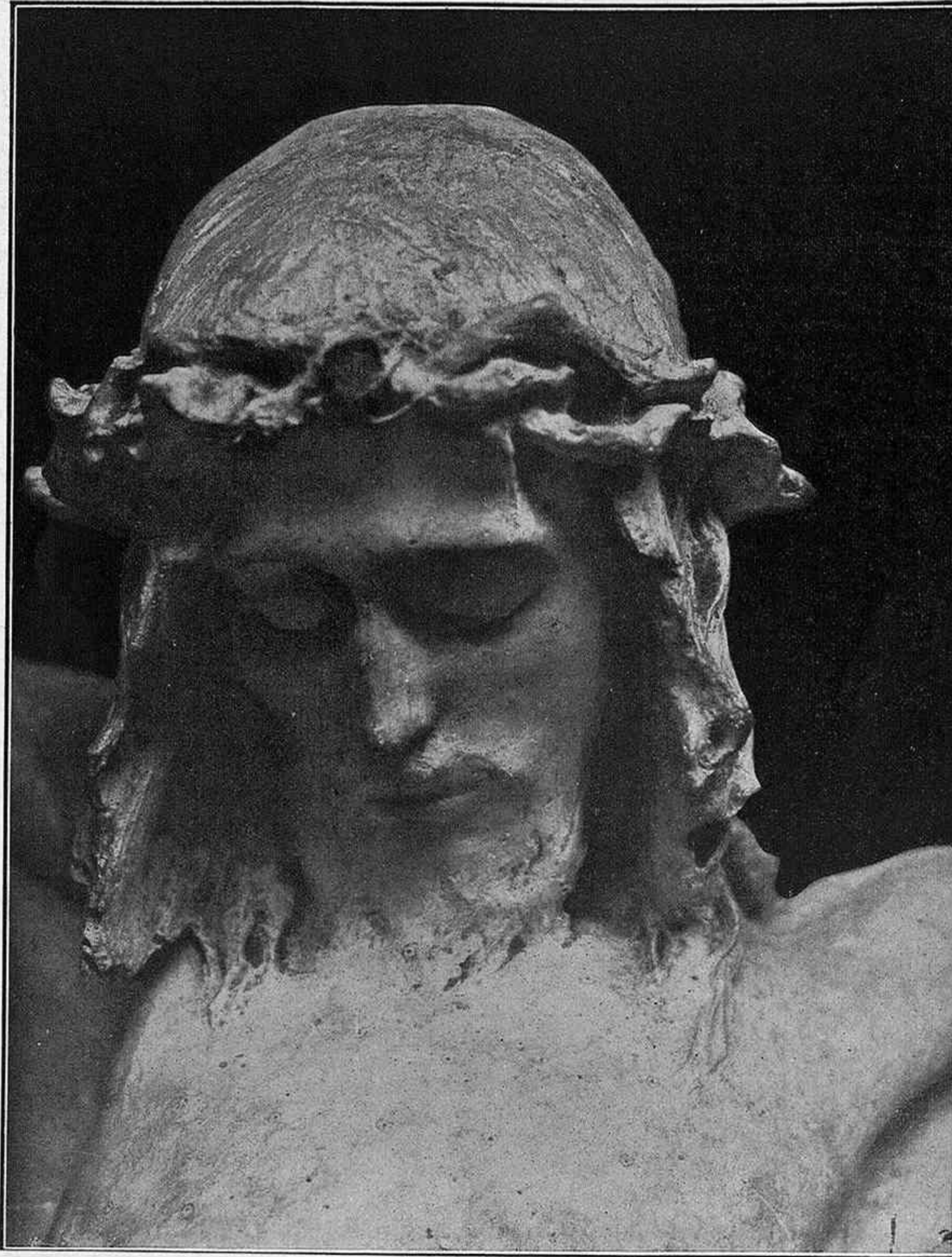
NUESTROS GRABADOS

**Jesucristo en la Cruz, escultura de Jerónimo Suñol.**—El celebrado escultor catalán que la muerte nos arrebató hace poco más de un año, fué de los que á mayor altura elevaron el arte escultórico español contemporáneo, ya que no se limitó á seguir las huellas que la tradición dejara trazadas, sino que, sintiéndose con alientos bastantes, atrevióse á romper con los antiguos moldes y á entrar resueltamente en la nueva senda. Sus obras han sido unánime y entusiastamente ensalzadas y muchas de ellas le valieron además honrosísimas recompensas. La que en el presente número reproducimos es digna compañera de las que en otras ocasiones hemos publicado: modelada con vigor y corrección extraordinarios, cautiva además por la expresión que el artista ha sabido imprimir en el rostro de Jesús crucificado y por el conocimiento anatómico que toda la figura revela. Esta escultura forma parte de la notable galería que en esta ciudad posee el inteligente aficionado D. Enríque Batlló.

**Cristo, escultura de José Llimona.**—Llimona es un gran escultor; es también un verdadero creyente. Sólo así se comprende que sus esculturas religiosas sean algo más que obras plásticamente bellas; que tengan esa expresión especial que el talento más profundo y la mano más hábil son impotentes para imprimir en la materia cuando no se hallan estimulado el uno y movida la otra por la fe. Esta fe la posee en alto grado

el eminente artista catalán, y gracias á ella puede producir creaciones tan hermosas como el Cristo que en esta página reproducimos, que si por su corrección admirable revela en su autor un completo dominio de la técnica, por su expresión sublime demuestra la intensidad de sus sentimientos religiosos.

luta, en el cual flota un ambiente de misterio que armoniza perfectamente con el carácter de la escena por el pintor reproducida. Avaloran además el lienzo otras bellezas de factura, que se admiran en el trazado del paisaje y en la actitud y expresión de los personajes, no siendo una de las menores la sobriedad de que el artista ha hecho gala en su composición.



Cristo, escultura de José Llimona

**¡Pietà!, grupo escultórico en mármol de Venancio Vallmitjana.**—El nombre de este artista, el decano de los escultores catalanes, es sobrado conocido, no sólo en España, sino también fuera de ella, para que sea necesario ensalzar sus méritos y señalar la influencia que en nuestro arte escultórico ha ejercido. Caracterizanse sus obras por su severidad, por la vida que en ellas palpita, por la corrección y armonía de líneas y proporciones que en todas se admiran, cualidades que fácilmente pueden comprobarse en la ¡Pietà! que reproducimos en la página 221: las dos figuras que forman el grupo están admirablemente modeladas; la del Cristo tiene toda la pesadez de un cuerpo muerto; la de la Virgen refleja todo el dolor físico y moral de la Madre que ha presenciado los tormentos de la pasión y muerte del Hijo, cuyo cadáver sostiene en su regazo.

**Jesucristo y los apóstoles, cuadro de J. R. Wehle.**—Las Sagradas Escrituras han sido fuente de inspiración para los artistas de todos los tiempos; y si bien es cierto que las modernas tendencias van por muy distintos derroteros, hay todavía quienes apartando por un momento sus ojos de los espectáculos que les rodean, los vuelven hacia aquellos asuntos que no por pasados de moda, en sentir de algunos, dejan de encerrar elementos de belleza más que suficientes. El celebrado pintor alemán R. Wehle es uno de ellos, y su bellísimo cuadro constituye una palpable prueba de que también en este género puede un pintor de valía conseguir éxitos señalados; ese campo de doradas mieses limitado por una serie de colinas, y esas figuras de Jesús y sus apóstoles, interesantes cada una de por sí y perfectamente distribuídas, forman un conjunto de encantadora poesía y eminentemente humano, á pesar de la índole del tema.

**¿Quo vadis, Domine?, cuadro de R. Maluta.**—Refiere la tradición que cuando más violenta era la persecución neroniana contra los cristianos, San Pedro, por consejo de éstos, decidió abandonar la capital del Imperio para que la verdad no pereciese con él. Y en efecto, salió un día muy de madrugada dirigiéndose por la vía Apia hacia la Campania sin otra compañía que un neófito, cuando al llegar al sitio en que hoy se levanta la capilla conmemorativa del *Quo vadis?*, cayó prostrado en tierra ante la aparición de su Divino Maestro. «¿Adónde vas, Señor?, exclamó el apóstol después de largo silencio. — A Roma, para ser otra vez crucificado,» contestó una voz misteriosa. San Pedro, tomando aquellas palabras por una orden y por una recriminación, levantóse, y con gran sorpresa del neófito, ajeno á cuanto había pasado, se volvió silencioso hacia las siete colinas de Roma, en donde sufrió igual martirio que Jesucristo. En esta tradición, que ha vulgarizado la popular obra de Enrique Sienkiewicz, está inspirado el cuadro de Ma-

**San Lucas.—San Juan Evangelista, cuadros de E. T. van Hove.**—Nació el autor de estos cuadros en Brujas en 1851, y después de haber estudiado en la Real Academia de su ciudad natal y de haber trabajado en el taller de un pintor de cristales, trasladóse á París y entró en la Escuela de Bellas Artes y en el estudio de Cabanel. Algunos años más tarde regresó á Brujas, habiendo obtenido el gran premio de Roma, y allí pudo estudiar á su sabor las obras de Memling y de los Van Eyck, maestros que han ejercido gran influencia en el arte de van Hove. El primer cuadro pintado por él, *Cabeza de San Juan Bautista*, fué adquirido por el museo de Amberes, y varios otros que pintó luego fueron vendidos en Inglaterra. En el Salón de París expuso un tríptico, *Alquimia, Brujería, Escolástica*, que hoy figura en una importante colección berlinesa, y en otras exposiciones varias otras obras que le valieron honrosas recompensas. En Barcelona obtuvo también una primera medalla. El género á que principalmente se dedica es el religioso, debiendo citarse, entre las muchas pinturas de esta clase, como las más notables, *La última cena*, *Aparición de Jesús á Santo Tomás y á los demás Discípulos*, *Mater Amabilis*, *Mater Admirabilis*, *Mater Salvatoris*, y *San Lucas y San Juan Evangelista*, que en el presente número reproducimos. Van Hove es en la actualidad presidente de la Real Academia de Brujas y caballero de la orden de Leopoldo.

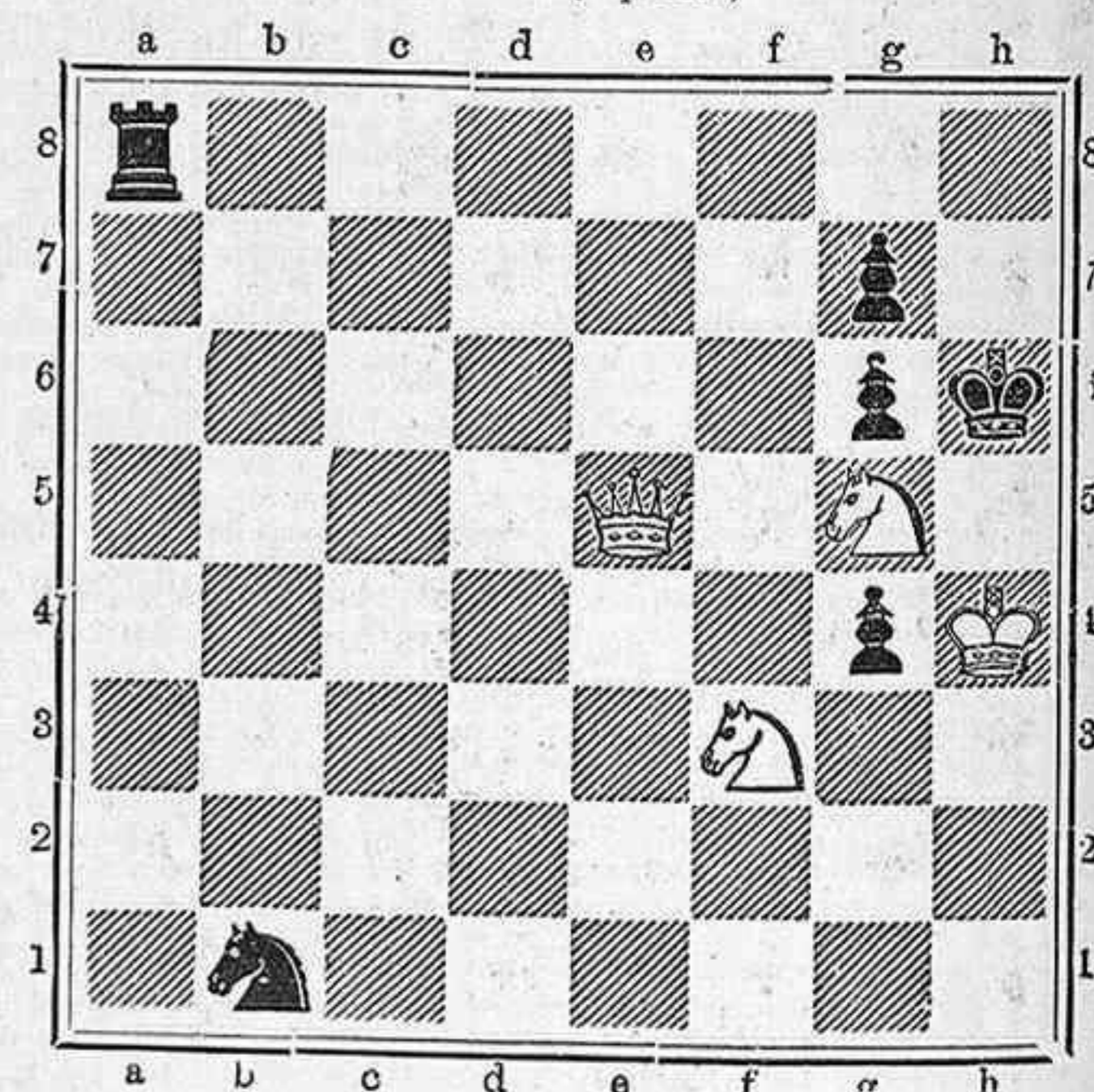
**Teatros.—Barcelona.**—En la «Asociación Wagneriana» se ha dado el quinto y último concierto del ciclo de Beethoven, habiéndose ejecutado en él el Trío cuarto en si bemol, para piano, clarinete y violoncelo; la Sonata en fa mayor, para piano y trompa, y el hermoso Septimino, que interpretaron con verdadero cariño los Sres. Doménech Español, Munner, Dini, Estera, Richart, Novi, Sadurn y Valls. La empresa del Liceo ha publicado el cartel para la próxima temporada de Primavera: en la lista de artistas figuran, como primeras partes, los directores Barone y Goula Fité; las sopranos Kruseniski, Claessens, Ferrani y Minotti; las contraltos Borlinetto y Claessens; los tenores Caruso, Cossira, Ischierdo y Ravazzolo; los barítonos Blanchart, Berriell y Mentasti, y los bajos Mugnoz y Torres de Luna. Durante esta temporada se estrenará la celebrada ópera *Louise*, letra y música de Gustavo Charpentier, y se pondrán además en escena *La Gioconda*, *Aida*, *La Bohème*, *Mefistófele*, *La Traviata*, *Rigoletto*, *Manón Lescaut* y *Lohengrin*.

EXTRA-VIOLETTE Véritable Parfum de la Fleur. VIOLETTE, 29, Boulevard des Capucines, Paris

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 358, POR S. LOYD.

NEGRAS (6 piezas)

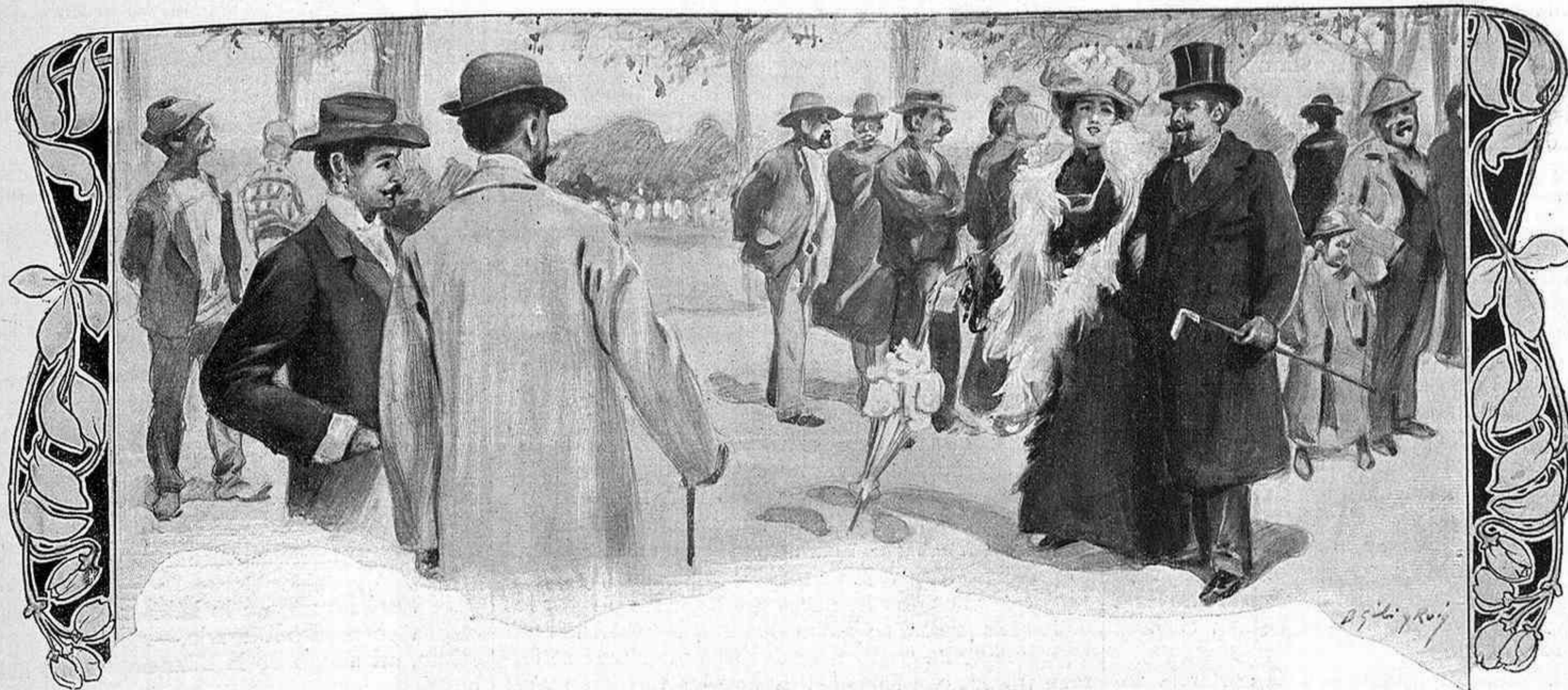


BLANCAS (4 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 357, POR S. LOYD.

- |          |                |                |
|----------|----------------|----------------|
| Biancas. | 1. Df3-a8      | 1. Cualquiera. |
| Nebras.  | 2. T ó D mate. |                |



- Es la mujer de un tal Albruzzi

## LA NOVELA DE UN VIUDO

ORIGINAL DE SALVADOR FARINA. — ILUSTRACIONES DE B. GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN)

—¿Y si así fuese?  
 —»Suponga usted que también lo estoy yo.  
 »Los celos me roían el corazón.  
 —¿Y qué?  
 —»Que en ese caso, como los amores guisados entre dos no pueden durar, será menester que nos batamos.  
 —»¿Que nos batamos?  
 —»¿No se batiría usted conmigo?  
 —»No me batiría con usted; pero le apalearía.  
 »Pronuncié esta amenaza con tanta firmeza, que Fernando perdió el color.  
 »En esto Ticia se acercó á nosotros.  
 —»Siento mucho que no hayas llegado antes, prima, le dijo Fernando, porque habrías oído las proezas del Sr. Luciano y te habrías prendado de ellas. ¡Qué lástima que no estés enamorada de él!  
 »Dicho esto, ofreció el brazo á Ticia; pero ésta se retiró bruscamente, encendido el rostro de vergüenza, y volvió á meterse en la casa.  
 »En la mirada rápida y fulminante que dirigí á Fernando, puse todo el rencor de que mi alma era capaz.

\* \* \*

»Al amanecer del día siguiente, estábamos todos dispuestos para la marcha; era una mañana de octubre, fría y melancólica; la noche anterior había llovido y la humedad penetraba hasta los huesos; el capitán y su esposa estaban embozados hasta los ojos en los holgados pliegues de sus abrigos y no cesaban de recomendar á los jóvenes que anduvieran por el terreno seco.

»Ticia me parecía más bella que nunca; su mal humor de la víspera se había disipado, como esas nubecillas de primavera sobre las cuales extiende el sol la paleta de sus colores y que se desvanecen insensiblemente en el espacio.

»La querida jovencita se mostraba contenta por estar de marcha, contenta al oír los pajarillos que cantaban á orillas del río, al ver las alondras que revoloteaban por los aires, el rocío que goteaba de las ramitas de los arbustos, de los limbos de las hojas, de las briznas de hierba, húmeda alfombra en la que ella hundía los pies con maliciosa irreflexión para sacar humedecidos sus zapatos y reírse, á pesar del enojo del capitán, que creía en los reumas más que en el Evangelio.

»El camino que recorríamos debía conducirnos, por un sendero que costeaba el río, á un pueblecillo cercano donde hubiéramos podido alquilar un carruaje; un aldeano nos seguía cargado con los pocos bultos que contenían nuestra ropa.

»A nuestra derecha se extendía un plantío de fresnos enanos; plantío silencioso y triste, solamente visitado por algún gorrión ó alguna libélula, y nido de

millares de luciérnagas que en una tarde de julio habían saludado nuestra llegada con los destellos de sus amorosas danzas.

»Habríamos dado un centenar de pasos, cuando se ofreció á nuestros ojos un espectáculo que nos llenó de estupor y que hizo palmoear de alegría á Ticia.

»La lluvia de la noche, y quizás otras lluvias caídas más lejos en días anteriores, habían producido una avenida, y el Tesino había salido de madre. Esto sucede allí con mucha frecuencia; pero no por ello pareció menos desagradable al capitán, quien por lo común no era muy sufrido en presencia de los obstáculos.

—»¡Qué hermoso! ¡Qué hermoso!, exclamaba Ticia con ingenua maravilla.

»La verdad es que el espectáculo era maravilloso; las aguas del río habían rebasado la orilla, invadido el sendero y metiéndose en los bosquecillos, que aparecían como por encanto convertidos en un vasto lago sobre cuya superficie asomaban la cabeza los fresnos menos pigmeos como para mirarse en el líquido espejo.

—»Las ninfas de las aguas han arrojado de sus nidos á las ninfas de los bosques, dijo Fernando.

—»Tus ninfas hubieran hecho mejor en estarse quietas en su casa, dijo el capitán entre serio y jocoso.

—»El espectáculo es encantador.

—»Soberbio, pero nos corta el camino.

—»Para obligarnos á admirarlo.

—»¡Un demonio!..

»El apuro no tenía remedio, porque el sendero había desaparecido debajo del agua. Entre resolverse á desandar lo andado y volver á la quinta ó tomar otro camino más largo, lo más expedito era bajar á la orilla del río, que distaba unos cuantos pasos, meternos en alguna barca é ir por agua á Pavía. La proposición no desagradó y bajamos á la orilla.

»Dos barcas parecían esperarnos; la una sólida y capaz para muchas personas; la otra ligera, frágil, casi privada de bordas, y en la que á lo sumo cabían dos personas. Sólo faltaba una cosa insignificante: los remos y el barquero.

»Fernando quería á todo trance cortar dos ramas en el bosque vecino, desatracar la barca y guiarnos él mismo. Era muy hábil, según decía, y según los cálculos, no podían meterse en la barca grande más de seis personas y éramos precisamente seis. A pesar de la seguridad de tales aseveraciones, nadie pareció dar crédito á su valentía y nos pusimos á buscar al barquero.

»En una casucha poco distante dimos con el dueño de las barcas, un viejecillo que consintió en llevarnos á Pavía, jurando que lo hacía por sacarnos del apuro, pero que las aguas estaban muy feas y que el remontar la corriente para volver á su casa sería un trabajo fatigosísimo.

—»Traiga usted cuatro remos, dijo Fernando al barquero.

—»¿Qué piensas hacer?, le preguntó su tía.

»Pero no contestó y repitió la orden con acento misterioso.

»Fernando, enojado porque no se hubiera dado crédito á su pericia en guiar una barca, quería tomar el desquite y darnos una prueba de ello; sin embargo, al llegar á la orilla, protestó que no podían ir siete en una barca; que ya lo había advertido de antemano; que seis eran ya demasiado, y que, por consiguiente, él haría las veces de piloto de la barca pequeña é invitaba á quien quisiera acompañarlo á embarcarse con él.

»El capitán refunfuñó algo que no se pudo oír, la tía Ersilia apeló á toda clase de argumentos para disuadir á su sobrino y Ticia unió sus ruegos á los de su madre.

»Pero Fernando, cuanto más demostraban todos temer por él, más se obstinaba hasta el heroísmo.

»En tanto el infeliz barquero protestaba inútilmente de que la lancha era demasiado endeble para aventurarla en aquel río tan crecido, y que al regreso tendría que llevarla á remolque, cosa penosa para él, viejo y enfermizo.

»No hubo remedio: Fernando había empuñado los remos y separándose de la orilla, dando á entender con su silencio cuán injuriosos le parecían los temores.

»Entramos en la barca y partimos. El trabajo de los remos era más aparente que real, tanto era el ímpetu de la corriente. Las dos barcas surcaban la corriente con una rapidez espantosa, flotando como pajas. No había, sin embargo, peligro, y empezábamos á tranquilizarnos con respecto á la audacia de Fernando. Su lancha oscilaba y de vez en cuando embarraba un poco de agua; pero siempre que le ocurría este contratiempo, tenía más prudencia y se mantenía inmóvil; de este modo todo quedaba reducido á tomar un pediluvio.

»Mas, al parecer, nuestra admiración no debió bastarle y hubo de desear más, porque, cobrando audacia con la impunidad, trató de avanzar hasta en medio del río. Algunos golpes de remo, que no manejaba del todo mal, le bastaron para virar la lancha; era un triunfo y nos lo anunció con énfasis.

—»¡Cuidado!, le gritó el capitán.

—»¡Cuidado!, repitió el barquero sobresaltado.

»Fué cosa de un minuto; la lancha, embestida de través por las ondas, volcó, y el temerario remero desapareció debajo del agua.

»Un grito unánime de angustia siguió á aquella catástrofe, y nos miramos unos á otros. Ticia tenía los ojos fijos en los míos, su mano se había puesto instintivamente en mi brazo y en su inocente rostro se veía retratada una mortal congoja.

»¡Conque le amaba! ¡Qué idea tan cruel!

»Y sin embargo supe sacar de ella una fuerza superior á mi voluntad, superior á mi misma naturaleza. ¿Qué me importaba la vida si ella no me amaba? ¡Morir en su presencia, llorado por ella! Mi mente no pidió más; no buscó otra cosa: me quité furiosamente parte de la ropa y estuve á punto de arrojarme al río; pero en aquel momento el instinto de la vida reclamó con más fuerza sus derechos, me contuve y miré alrededor.

»El barquero juraba, porque echándose á nado temía causar nuestra pérdida, y no echándose, dejaba perecer al otro; y en tanto miraba de soslayo con ojos lagrimosos á su lancha, que se alejaba vertiginosamente, zambulléndose y volviendo á asomar como un monstruo que luchase con las olas; Ticia, el capitán y su mujer me miraban azorados, no atreviéndose á estimularme ni á contenerme.

»Miré al río para adivinar en sus remolinos el punto adónde debía dirigirme. Un instante, un solo instante asomé el náufrago á la superficie de las aguas á poca distancia de nosotros, y entonces otro grito de compasión y de horror resonó en mis oídos; luego, no oí más, y antes que el cuerpo del desdichado hubiera desaparecido de nuevo, las olas se habían cerrado mugiendo sobre mi cabeza.

»Después de muchos esfuerzos para cortar la corriente, logré asir un extremo de la levita del náufrago y salir á flote con él; yo había medido la magnitud del peligro y me decidí á arrostrar la muerte; mas al volver á ver el cielo, al respirar el aire con todos mis pulmones, al oír las voces de mis amigos que me animaban, sentí renacer en mí más poderoso el deseo y el amor de la vida.

»En poco estuvo que no me faltaran las fuerzas para hender las olas, en poco que el grave peso que arrastraba tras mí no me sepultara en el agua con tanto agitarse.

»Mas de pronto noté que el cuerpo del desgraciado se hacía más leve y más dócil y que cesaba todo movimiento. ¿Había muerto? La desesperación contrajo mis músculos; y reuniendo en un esfuerzo supremo todo mi vigor, crucé de una brazada la distancia que me separaba de la barca y conseguí agarrarme desesperadamente con una mano á su borda.

»Estaba en salvo.

»Fernando respiraba todavía.

\* \*

»Aquella tarde, ya fuese por la conmoción experimentada ó por aquel baño intempestivo, caí enfermo. En recompensa de mi acción, Ticia pasó mucho tiempo á la cabecera de mi cama: mirándola con ojos abrasados por la fiebre, la veía como la había pintado el deseo, triste y cariñosa. Cuando se hizo de noche, se inclinó sobre mi almohada, me miró amorosamente, sonrió y me dijo en voz baja:

—»Cúrese usted: ¡le amo!

\* \*

»Al día siguiente estaba curado.

»¿Qué puedo añadir? Mi felicidad era tan grande que apenas podía contenerla mi corazón. ¡Ticia me amaba! El amor había comenzado en ella esa misteriosa transformación en que agoniza la niña y se forma la mujer. Aquellos ojos inquietos y centelleantes habían cobrado fijeza, profundidad; aquella frente serena, límpida, llena de luz, se tornó más grave al albergar el primer pensamiento; sus labios me sonreían con esa languidez dulce y melancólica que yo había colocado tanto tiempo en el puesto de su bulliciosa hilaridad.

»Aquella transformación era obra del amor, era obra mía, y yo estaba orgulloso de ello. Ticia venía á mí y yo iba á ella: lo que Ticia perdía de su primera naturaleza se agregaba á la mía; depusimos un poco de nosotros mismos para ser mejores el uno por el otro. El abismo que en otro tiempo separaba nuestras almas se colmó con la ruina de nuestras almas.

»Una competencia de dulzuras, de esperanzas, de propósitos, de juramentos siempre repetidos y siempre nuevos, de aspiraciones puras y suaves, me hizo pasar rápidamente el tiempo que me faltaba para doctorarme en ciencias.

»Poblar otra vez mi mente de aquellos queridos fantasmas de una felicidad sin nubes, es cosa que hace mucho tiempo no puedo lograr. La alegría pasa y se olvida; sólo el dolor dura en el pecho del hombre; los ecos del corazón no responden más que al dolor.

»Dos años después Ticia era mi mujer.

»Con motivo de la boda supe una cosa que me fué muy grata: el nombre *Ticia* era una abreviatura cariñosa, pero desgraciada, de *Leticia*. Parecióme co-

mo si la revelación de aquella especie de misterio sancionase en cierto modo nuestros vínculos y mis derechos. Yo podía en adelante llamarla con un nombre con el que jamás la había llamado nadie; aquel nombre era cosa mía; al bautizarla de nuevo de tal modo me parecía sentir mejor la dulce autoridad que mi nueva condición me daba sobre ella.

»La felicidad, tras la cual se afanan los hombres toda su vida y á menudo en vano, había entrado en mi casa. La confianza en el corazón, una sonrisa de la mujer amada, el porvenir que se presenta á los ojos como una promesa y un objeto que guíe la vida—esta es la felicidad.

»Pero pregunte usted por ella á los hombres, y le dirán que los afectos de la familia son reliquias de la herencia de los patriarcas; que por gran fortuna la generación actual las ha reemplazado con las grandes pasiones; que las grandes pasiones son la obra impulsiva del genio y la fuerza impulsiva del progreso. Dirán á usted que han abandonado muy luego la casa paterna como los aguiluchos abandonan el nido, y que, semejantes á los aguiluchos, han dado muy pronto principio á su vida de rapiña; escúchelos, y observará que ellos, los hombres graves, cuentan por los dedos sus presas, se jactan de ellas, las ostentan tan orgullosamente como los salvajes vencedores se forman trofeos con las cabelleras de los vencidos; y así como los salvajes cuelgan del cuello de sus mujeres un collar de dientes arrancados al cadáver del enemigo, ellos componen una gargantilla de preciosos amuletos, y la cuelgan, bostezando, en el seno desnudo de su única reina, la náusea.

»El hombre no tiene ya nada sagrado para el hombre; del hogar doméstico ha hecho una cárcel ó un asilo donde la licencia está en lugar seguro; el ara de la familia se ha convertido en llama del suplicio ó en tea de la discordia, y el tálamo en lecho de vergüenza. El adulterio es el dueño de la posada y la befa la muestra, y ellos, los hombres fuertes, son los huéspedes... Y donde no penetra la infamia, penetra la calumnia, y donde no entra la calumnia, entra el ridículo, porque el hombre no tiene ya nada sagrado para el hombre.»

## XI

Vuelve á correrse el velo

Luciano se detuvo turbado, y su mirada interrogó furtivamente la mía. Desde aquel momento me pareció que sus palabras eran más frías, más calculadas, y que su actitud revelaba cierta desconfianza.

Después de una pausa, prosiguió en estos términos:

—«¡Fuí feliz! Si el pasado bastase á los corazones que han cesado de latir ardentemente, mi corazón no sería digno de lástima.

»¿Conoce usted alguna palabra que exprese lo que es una verdadera felicidad? Yo conozco mil, mas para mí solo; para usted ninguna. Si hay algo que los hombres no llegan á comprender, es la felicidad ajena; por eso se nos puede arrebatar la verdadera felicidad, porque no nos puede ser envidiada. El número de los felices es mayor de lo que generalmente se cree; los busca usted en medio de la muchedumbre, cubiertos de oro, de grandezas y de pompa vana, y se lamenta de no encontrarlos; pero descienda usted más; escudriñe las calles desiertas, las casitas escondidas; la felicidad no crece como los girasoles en los caminos reales, sino que es una planta que vive á la sombra, que no tiene esplendores, porque no quiere tener enemigos. ¡Pobre felicidad la que se ostenta, triste del hombre que camina con su tesoro en la mano en medio de una multitud de rateros!

»Y sin embargo... ¡Oh, sí! Aprenda usted, ahora que es joven, á conocerlo, y mírele bien á la cara para no olvidarlo: el verdadero enemigo, el único, el grande y formidable enemigo del hombre feliz es su misma felicidad. Así como el niño rompe sus juguetes, así también el hombre despedaza su corazón. Desconfíe usted de los hombres, pero ante todo desconfíe usted de sí mismo.»

—»Mi Leticia ha muerto!, exclamó poco después lentamente.

Y como si un eco lo repitiese á su corazón, añadió con voz sorda y más débil:

—»¡Oh, sí, mi *leticia* ha muerto!

No dijo más: con la vista inmóvilmente fija en el suelo, parecía medir la profundidad de su dolor.

Embarazado por aquel silencio, intenté reanudar con alguna palabra de consuelo el hilo de su narración; pero él lo advirtió, volvió á levantar la cabeza, y con voz entrecortada, que revelaba una angustia secreta, me dijo:

—»¿Es una pobre historia, verdad? Ahora que se ha

asomado usted á la puerta del arcano, dígame: ¿no es cierto que es un pobre arcano?

Yo no daba crédito alguno á sus palabras, y evité responderle directamente; puesto que él parecía querer esquivar mi curiosidad importuna, el insistir hubiera demostrado poca delicadeza.

Pero en mi imaginación no cesé un punto de dar vueltas á aquel enigma; y una hora después, en el momento de despedirme de él, yo me preguntaba todavía, sin esperanza de obtener respuesta, cómo podía conciliarse, en la narración de Luciano, tan minuciosa exactitud de descripción respecto de su felicidad, y tan brusco laconismo para referir su propio dolor.

¿Se habría arrepentido de haberme tomado por confidente? ¿O las cosas que aún tenía que contarme eran de tal naturaleza que le obligaran á detenerse temeroso ante una confesión? ¿Temeroso ó avergonzado?..

## XII

La señora Albruzzi vista de cerca

Si Luciano no me lo había revelado todo—y así estaba yo pronto á jurarlo,—Anselmo, mi buen Anselmo, mi amigo de la infancia, no me había dicho nada.

Cierto día pascábamos por una calle del Parque, hablando con la franqueza de dos hombres que no tienen nada que ocultarse; el bravo *Reverendo* nos precedía, entregándose á esos escarceos inocentes á los que suelen entregarse los perros dichosos, olfateando acá y allá, parándose de vez en cuando y volviéndose á mirarnos con ojos brillantes de impaciencia caballerescamente disimulada.

Hacia rato que tenía fijo mi pensamiento en el nuevo acertijo que se me proponía en el corazón de mi amigo, y mi mente se fatigaba en recoger los indicios que estaban por el enamoramiento, en medir su gravedad y en deducir de ellos pronósticos; pero toda mi solicitud se estrellaba contra un escollo.

¿Por qué no me confiaba Anselmo sus cuíitas?

Y esto me llevaba naturalmente á inferir que del conocimiento de la mujer que había inspirado aquel amor, dependía el conocimiento de la naturaleza íntima de aquel amor.

Todo este trabajo de mi mente se efectuaba á hurtadillas, disimulándolo con una vana charla.

Era mediodía, el cielo estaba sereno; un límpido sol caldeaba aquel día de diciembre, y los forasteros del Parque acudían en pequeños grupos á disfrutar como nosotros de aquel espectáculo de luz y de aquel grato calor.

Hacia un rato que Anselmo respondía más distraído á mis preguntas, y hubo un momento en que sorprendí en su rostro las señales de una turbación manifiesta.

Miré delante de mí, y vi á pocos pasos á aquel caballero corpulento y macizo á quien había visto desembarcar de una lancha pocas tardes antes. La *señora* iba á su lado; pero como estaba muy abrigada con pieles, no la conocí al pronto y me pareció más alta y más matronal. Sin embargo, era ella, y cuando estuvo más cerca, reconocí su mirada fulgurante, llena de provocaciones y de lisonjas, y su altanero porte de Pallas desdeñada, formando marcado contraste con la jovial sonrisa que jugueteaba en sus labios.

Aquella mujer era verdaderamente hermosa; su nariz aguileña, que por un momento podía parecer en contradicción con las demás facciones, mirada mejor armonizaba con ellas de un modo singular y nuevo; reunía así la doble belleza de la mujer: la belleza correcta y clásica que inspiró el cincel de Fidias, belleza de vírgenes y de reinas, y la belleza pícarasca y coquetona que revela mejor la hembra en la mujer.

Anselmo conocía á aquella señora y la saludó poniéndose colorado.

—»¡Hola!, dije en alta voz; ¿conoces á esa señora? Es una mujer muy guapa.

—»Sí, la conozco.

—»¿Y cómo se llama?

—»Es la mujer de un tal Albruzzi.

—»¿Es decir, una tal señora Albruzzi?

—»Naturalmente.

—»Y el Sr. Albruzzi, ¿no es el actual propietario de tu quinta?

—»Pues por eso precisamente le conozco.

Anselmo, expuesto al sarcasmo de su amigo de infancia, no sabía cómo estar. Le vi dos ó tres veces ponerse encendido y palidecer rápidamente, y mirar alrededor como si buscara una senda excusada para escapar, y no ocurriéndosele otra cosa mejor, llamó á *Reverendo*, que se acercó dócilmente á plantarle las patas en el pecho, prueba de cariño que concedía únicamente á su amo.

—Paréceme haber visto en otra parte á ese señor Albruzzi, añadí sonriendo.  
—Bien puede ser.  
—Debe ser, y deberías recordarlo: la otra tarde, en la playa..., y la señora Albruzzi iba con él, ¡oh sí!, iba con él.

Anselmo se bajó á acariciar á Reverendo, y Reverendo, criatura bonachona y sin doblez, no sospechando la perfidia, tomó aquellas caricias y aquellas alisaduras de pelo por verdaderas caricias y verdaderas alisaduras, y las tuvo por cosa suya y siguió meneando la cola de contento y llenando el aire de alegres ladridos.

\* \*

Quince días después, «el Sr. Albruzzi y su esposa tenían el honor de invitar á una velada en su casa.»

Sabíase que habían regresado hacía pocos días del campo, y se esperaba con impaciencia aquella primera velada; por esto toda la juventud de Lugnano acudió á los salones de los señores Albruzzi.

Yo, que asistía á ellos por vez primera, merecí de la dueña de la casa particulares muestras de simpatía y de aprecio que debían halagar mi amor propio y hacerme creer que en ellas ejercían particular influencia mis peinadas patillas ó la hechura elegante de mi traje; mas por fortuna el infeliz Anselmo me acompañaba. Al verle á mi lado, pálido, trémulo, con la llama del deseo, del amor y de los celos en los ojos, un inexplicable sentimiento de compasión dió al traste con los halagos de mi amor propio.

Por más que hacía todo lo posible por ocultar su turbación y vencer su timidez, le vi ruborizarse de contento al tomar con la punta de los dedos la mano que la hermosa dama le presentaba con gracia llena de coquetería; balbucear y confundirse al dirigirle la palabra, y al mismo tiempo—inexplicable antítesis de temor y de audacia,—como atraído por una fascinación, clavar miradas apasionadas é insistentes en los grandes ojos lánguidos y luminosos de aquella sirena.

Para devolver á Anselmo su soltura, me retiré á un lado, pero no le perdí de vista desde lejos.

No sé por qué su felicidad me llenó el alma de tristeza.

Había algo de febril, de impaciente y de no satisfecho en su rostro, antes melancólico, pero tranquilo.

Yo había pensado con frecuencia y con disgusto en la melancolía de Anselmo: había visto en la mujer el remedio de su mal, y aconsejado y anhelado y esperado para él un amor piadoso y benéfico; pero ahora lo temía. El nuevo sentimiento había penetrado en su pecho, virgen todavía, con el ímpetu irresistible del primer amor; sólo que, en lugar de encontrar las aspiraciones indeterminadas de la fantasía y las vagas satisfacciones del amor propio, había encontrado el vigoroso impulso de un corazón ganoso de dar y aceptar la batalla del cariño y de la culpa; aquel amor, entrado niño en su pecho, había hallado en él la cuna de un gigante.

No podía caberme duda; su reserva, su silencio, aquella nueva desconfianza que le hacía temer los consuelos de la amistad, procedían sin duda en él de la conciencia de un peligro, del pacto, sancionado en otro tiempo, de sacrificarlo todo á su amor, y en el temor de encontrar en el consejo y en las reconvencciones del amigo un freno al arrebatado vigoroso del amante.

¡Oh, sí! Debía ser feliz, pero tristemente feliz. Su alma, que se iniciaba entonces en el misterio de la vida, no toleraba obstáculos, no admitía sombras; quería caminar en derecha, suelta, en pleno medio día, por el camino real del amor.

Incapaz de preparar, de disimular, de esperar para lograr artificiosamente el allanamiento rápido de cuanto las mujeres suelen interponer entre la vanidosa complacencia de ser amadas y su corazón, ignaro y desdenoso de esa estrategia de guerra que avanza con cautela y simula asaltos imprevistos y repentinas fugas para constreñir á la mujer á abandonar su propia desconfianza y salir á campo abierto, Anselmo se impacientaba, se mostraba despechado y daba claras muestras de su amor, de su impaciencia y de su despecho.

Entre el primer sentimiento de vanidad—imperceptible brecha por la que se introduce el amor—y las batallas extremas de una noche insomne que obligan á rendirse, hay una serie de cien nonadas, sola-

mente de los enamorados comprendidas, una competencia de retos, pruebas, pequeñas concesiones y pequeñas victorias.

Anselmo no sabía nada de todo esto: quería el amor tal como lo había concebido, poderoso, intolerante.

La actitud de la señora Albruzzi era la de una mu-

Anselmo se afanaba en vano buscando, tras aquel lujo de formas, de adornos y de coqueterías, el corazón de su dama; hubiera querido oponerse á la desatentada orgía de cumplimientos y de adulaciones que se la prodigaban, y salvar en el pecho de aquella mujer el sentimiento que anegaba en una oleada de fatuidad. Pero ¿le era posible? El instinto, que le daba á conocer su propia miseria, luchaba en vano con el amor. Por tal manera sufría el misero todas las pesadumbres de unos celos insensatos, sin tener los dulces consuelos del amor correspondido; sobrado viril para lamentarse por ello, era sin embargo débil en demasía para reconcentrarse en el desprecio. Y su mente tejía un día y otro día, con la trama del deseo y del amor, la efímera tela de esperanzas y de ilusiones.

Hasta algún tiempo después no conocí esta tarea desesperada de su corazón, cuando él, rotas las fibras del alma por una aspiración no satisfecha, sintió necesidad de buscar consuelo en la amistad.

\* \*

Cuando las mujeres como la señora Albruzzi se casan, lo hacen con un hombre como el Sr. Albruzzi: aquella mujer no podía tener más que aquel marido.

Albruzzi debió haber sido en su tiempo un hombrecillo agradable: á la sazón sólo conservaba cierta jovialidad y alguna ligereza en su porte, lo cual no impedía que se creyese plenamente dotado de ingenio y de brio. Era uno de esos seres vacíos de sentido, especuladores en parte y en parte hombres á la moda, que suelen formarse un capital y casarse con una mujer guapa. La riqueza de Albruzzi era de reciente fecha; había empezado por ser dependiente de un agente de cambio, y luego se había metido en la Bolsa, donde

encontró su Eldorado. Jugando á la alza y á la baja, el hombre honrado que puede arruinarse se arruina; Albruzzi no podía arruinarse é hizo una fortuna.

Levantado milagrosamente aquel edificio, convenía hacer ostentación de él: el oro no brilla sino al sol: una mujer, una muestra hermosa, se hacía indispensable. A un soltero rico no se le llama sino don *fulano de tal*; cuando se casa se dice *la familia del señor tal*, ó mejor aún, *la casa*.

Pero Albruzzi fué un poco más allá sin saberlo: al dar su nombre á una mujer hermosa, lo perdió para sí: para todos, excepto para la esposa, él no fué ya sino *el marido de la señora Albruzzi*; para ésta siguió siendo el Sr. Albruzzi, esto es, un hombre que, poniendo en común cuarenta mil libras de renta, había comprado su fe, su vida y la esperanza de tener hijos legítimos. Esta desaparición de su propia persona en la persona de su mujer no le era desagradable al Sr. Albruzzi; al contrario, le complacía el que no se le pudiese recordar sin recordar al propio tiempo á la hermosa mujer que le pertenecía, y hasta sentía esa orgullosa satisfacción que deben experimentar los castellanos de nuestros tiempos poco caballeroscos—tratantes en vino ó tenores célebres,—cuando oyen que los llaman «el propietario del castillo.»

Alguien se había sentado al piano, y de pronto cesaron todas las conversaciones; en aquel momento, Anselmo, separado de la señora de su corazón por una turba de pisaverdes, recordó tal vez que me era deudor de un poco de amistad, y vino silenciosamente á ponerse á mi lado.

Cuando acabaron de tocar, me volví á él y le dije:

—¡Bonita pieza, eh?

—Archibellisima, contestó una voz junto á nosotros.

Nos volvimos y vimos el rubicundo rostro del señor Albruzzi.

—¡Caramba!, añadió alargando la mano á Anselmo, que éste apenas tocó con la punta de los dedos como si tomara agua bendita; ¡caramba! Hace un buen rato que le estoy á usted mirando, querido Anselmo. ¿Sabe usted que se vuelve de día en día más arisco? Casi, casi, al verme, no me pregunta usted «por mi preciosa salud.» Mal hecho, muy mal hecho, señor mío; venga usted á vernos de vez en cuando, ahora que estamos en Lugnano. Cualquiera creería que el comprador de su preciosa quinta no supone nada para usted, ó que le haya obligado á hacer una venta ruinosa...

(Continuará)



—¿Y también es usted amigo del Sr. Castellí?

jer hermosa y aburrida, que se deja amar por exceso de benignidad. El desgraciado Anselmo, que probablemente se creía muy adelantado y que pugnaba por adelantar más, se aprovechaba ampliamente de esta concesión; sus ojos, centelleantes de pasión, seguían todo movimiento, todo ademán de la bella dama, pidiendo, cual dos mendigos importunos, la limosna de una mirada. Parecióme que esta limosna no se la concedía con frecuencia; sin embargo, cuando se ponía cerca de la sirena, ésta tenía para acogerlo aquella sonrisa acariciadora que poco antes había rozado la epidermis de mi amor propio; sonrisa impregnada de voluptuosa languidez que reproducía á cada paso con precisión admirable, del mismo modo que los petimetres se atan y desatan el lazo de la corbata.

Contemplada por segunda vez con ojos indiferentes, si es que la belleza se puede mirar con indiferencia, aquella sonrisa tenía algo de artificiosa, de calculada, de fría; pero ¿con qué ojos la veía el pobre Anselmo?

Aquella mujer era en verdad la más á propósito para hacerle perder la razón. Más Venus que mujer, asediada de continuo por la adulación y las lisonjas, mal podía consagrarse enteramente á un hombre, y aunque hubiese amado á Anselmo, su fatal belleza la hacía pertenecer á la admiración de todos.

Si aquella mujer amaba, debía amar como una reina, llevando en el éxtasis de la pasión la conciencia de su propio poder: ese abandono confiado, humilde, casi temeroso, ese *soy tuya* que los labios de la mujer susurran siempre más sinceramente que el hombre, ese voluntario reclinarse á los pies del hombre amado, posando la cabeza sobre sus rodillas y levantando los ojos hasta sus ojos, todo ese imperio de tirana que se oculta bajo la sumisión de la esclava, todo esto no podía darlo la señora Albruzzi. Sus triunfos debían seguirla por doquiera; la misma pupila del enamorado debía reflejar su suprema belleza.

No, el amor de aquella mujer no podía hacer feliz á Anselmo.

Pero ella no le amaba. Aun entre los halagos de la vanidad, en medio de los incienso de un tropel absorto de cortesanos, la mujer que ama, y ama verdaderamente, sabe hacer salir del corazón algo enerrado en él, algo adonde no llegan la caricia de la adulación ni la embriaguez del incienso, una sonrisa que no es la sonrisa de triunfo, una mirada diferente de la mirada con que contempla la plebe de los admiradores.

## EMILIO SAUER

No puede decirse de este pianista fenomenal lo que de la inmensa mayoría de artistas se dice, á saber, que desde su niñez mostró felicísimas disposiciones y vocación decidida para el arte en el que más tarde había de conquistar tan grande y merecida fama.

En efecto, contaba catorce años y apenas si tocaba medianamente el piano, que le enseñaba su madre, habilísima profesora. Su familia le destinaba al foro. Pero un día asistió en Hamburgo á un concierto de Rubinstein, y tal efecto produjo la labor del gran coloso en el joven Sauer, que terminada la audición fuése éste á su casa, sentóse al piano y se estuvo tocando hasta la mañana siguiente, sin descansar.

Poco después quiso consultar la opinión del famoso pianista ruso, que le fué favorable; y siguiendo sus consejos se trasladó á Moscou, en donde fué discípulo de un hermano de aquél, consiguiendo en poco tiempo alcanzar la magistral ejecución que hoy sorprende á cuantos le oyen. Y lo más raro del caso es que el que en su niñez había demostrado tan escasas aptitudes, no necesitó más que cuatro horas diarias de trabajo sobre el teclado para llegar á un grado de perfección que otros talentos, al parecer más precoces, no han logrado sino á fuerza de pasarse en el piano, durante el período de estudio, la mitad del día.

Desde Moscou fuése á Londres, en donde fué muy admirado, á pesar de lo cual se vió obligado á dar lecciones para ganarse el sustento. La ayuda de un protector que allí le deparó la Providencia sacóle de aquella vida obscura, comenzando desde entonces su carrera de concertista. Acompañado de aquél vino á España, coincidiendo su viaje con el del entonces kronprinz de Alemania, el que luego fué emperador Federico III, quien, habiéndole oído en Madrid, interesóse por él y le otorgó su protección.

Después de una excursión por Andalucía, Africa é Italia, pasó á Weimar, y allí, al lado de Liszt, sus geniales dotes se completaron y perfeccionaron, pudiendo en 1885 dar en Berlín su primer concierto, á partir del cual su maestría quedó consagrada y su nombre figuró entre los de los más célebres pianistas.



El eminente pianista EMILIO SAUER

Sauer es un artista completo: no se distingue por tal ó cual cualidad de las que por lo general suelen caracterizar aisladamente aun á los pianistas más renombrados, sino que las reúne todas; su ejecución prodigiosa asombra; su estilo elegante cautiva; su sentimiento emociona hondamente. Interpreta de

un modo magistral las más distintas obras, identificándose por completo con el pensamiento de sus autores, y de sus dedos brotan con igual claridad las sublimes melodías de Beethoven, que las sentidas notas de Chopin, que las complicadas creaciones de Liszt, arrancando del piano unas veces sonoridades verdaderamente orquestales y otras leves murmullos apenas perceptibles.

Es, además, notabilísimo compositor; su Sonata en Re mayor, entre otras, bastaría para reputarle como músico de alto vuelo y de grandes conocimientos.

Barcelona, en donde á tantas celebridades hemos aplaudido, conservará imperecedero recuerdo de los dos conciertos de Sauer. El público le ha acogido con delirante entusiasmo, y la crítica, sin excepción, le ha tributado incondicionales elogios. Cuantos han podido oírle convienen en que es un coloso del piano, una estrella de primera magnitud en el cielo del arte que cultiva, y en que para hallar con quien compararle es preciso recordar á los más grandes pianistas.—S.

## PAISAJE,

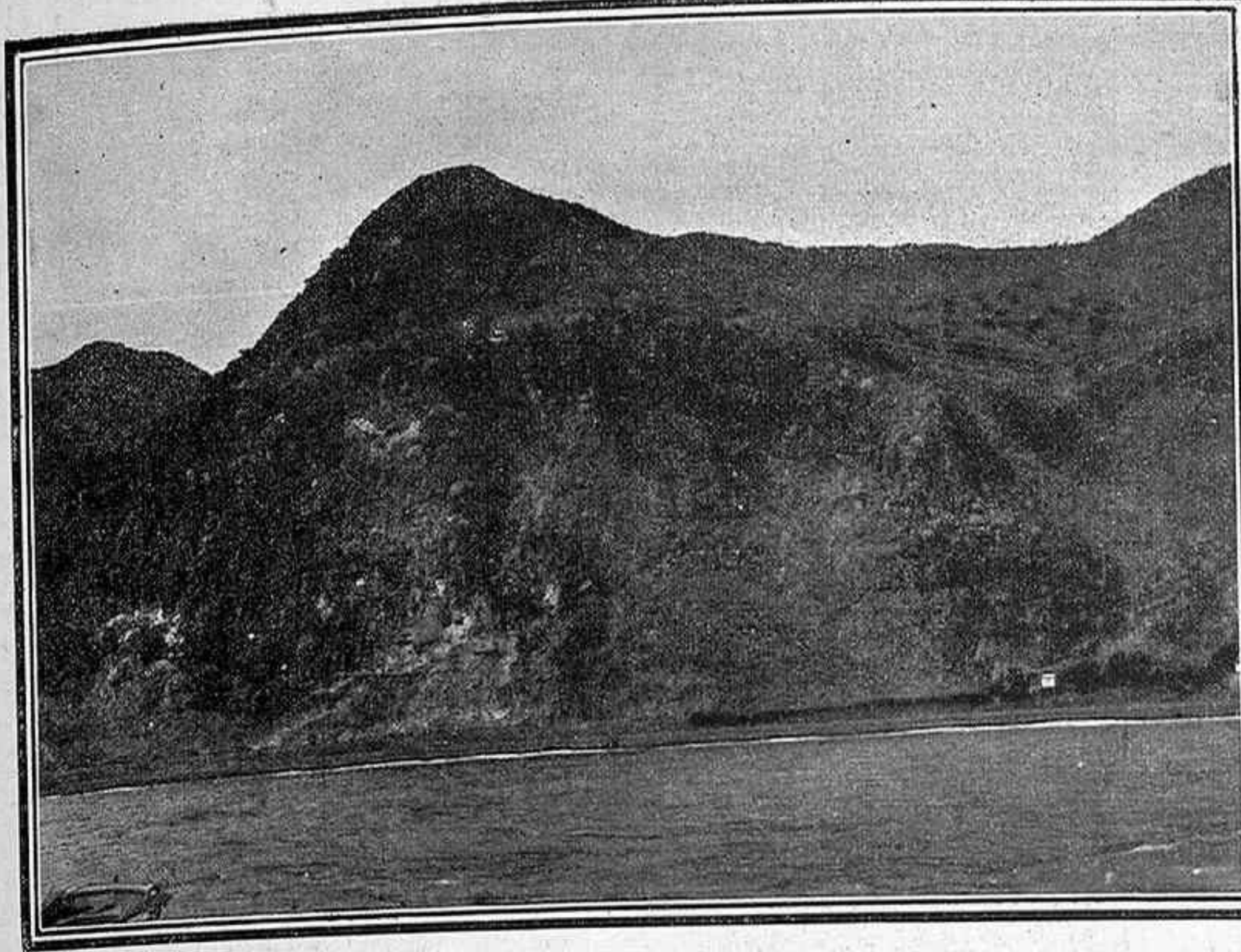
CUADRO DE JOSÉ MARÍA MARQUÉS

Ya hemos dicho en varias ocasiones que Marqués es de los artistas que mejor sienten la naturaleza. La poesía de los floridos campos, de los lagos tranquilos, de las umbrosas arboledas, encuentra en él un intérprete admirable que no se limita á copiar lo que materialmente ven sus ojos, sino que ahonda en los espectáculos naturales buscando, por decirlo así, el alma de los mismos. Sus cuadros ofrecen todas las bellezas del paisaje real, pero hay en ellos algo más, que escapa á la contemplación de los que sólo miran la materialidad de las cosas y que únicamente pueden apreciar los espíritus dotados de esa percepción exquisita que pone de manifiesto al lado de lo real aquello que propiamente despierta la emoción estética. Nadie podrá decir, sin embargo, que Marqués sea un idealista, un soñador; sus lienzos se ajustan á la realidad; pero aparte del gusto que demuestra en la elección de los asuntos, sabe envolver sus producciones en un ambiente poético que constituye uno de los mayores encantos de sus obras.

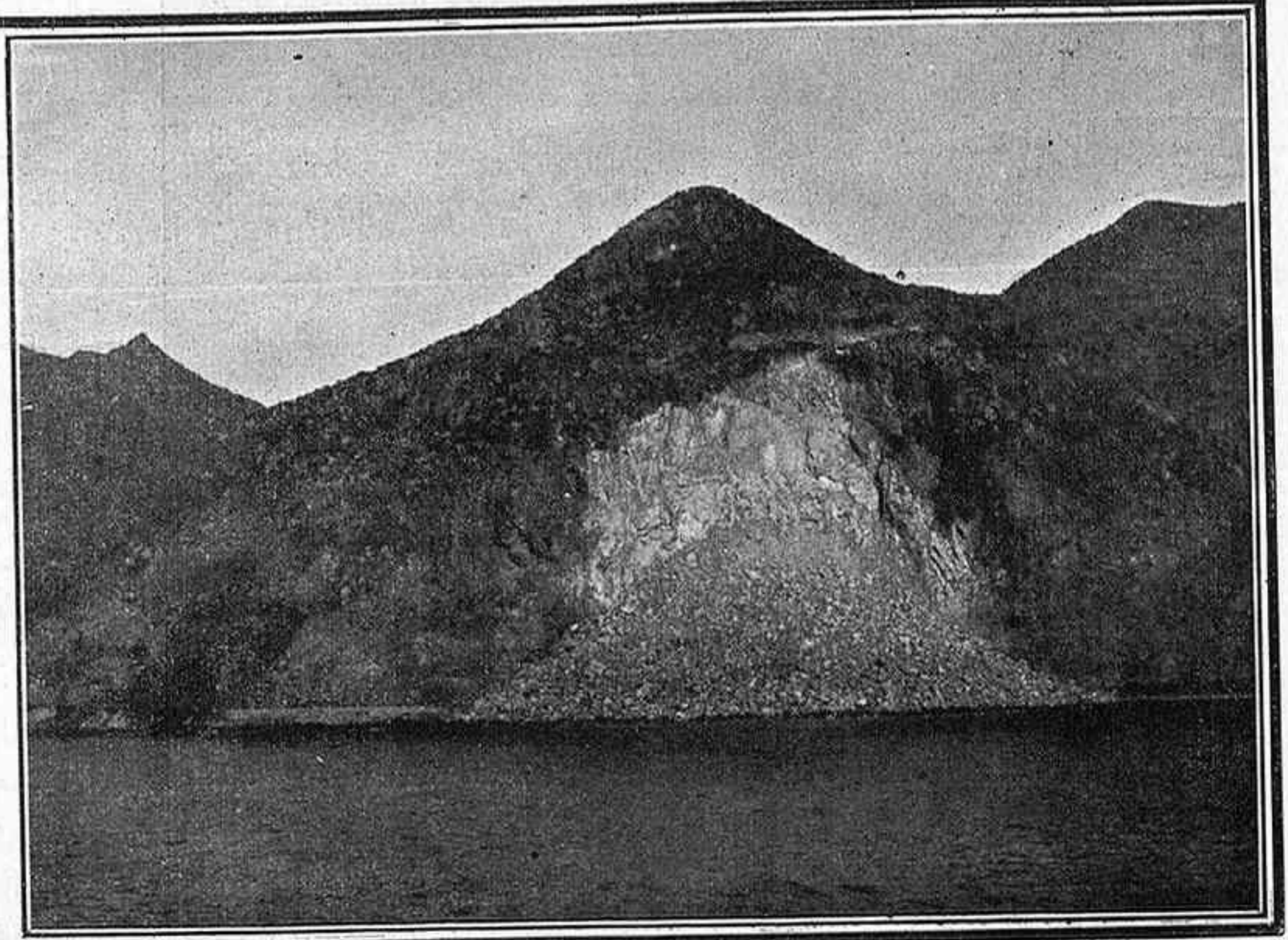


Paisaje, cuadro de José M.<sup>a</sup> Marqués

ISLAS CANARIAS. - SANTA CRUZ DE TENERIFE. VOLADURA DE UNA CANTERA



La cantera antes de la voladura



La cantera después de la voladura

(Fotografías remitidas por D. Elicio Lecuona, de Santa Cruz de Tenerife)

Bien merece ser calificada de magna la operación recientemente llevada á cabo en la capital de la provincia de Canarias á fin de extraer de una cantera la piedra necesaria para las obras del puerto que allí se están ejecutando. A este objeto, construyéronse 200 metros de galería y nueve hornillos; se colocaron en ellos sesenta toneladas de pólvora y dinamita y se dispuso la conveniente instalación eléctrica, todo ello bajo la dirección del Ayudante de Obras Públicas D. Antonio Alarcó y Asnar. La operación de la voladura se realizó con el mayor éxito, y de la importancia de la misma puede juzgarse sabiendo que como resultado de ella se obtuvieron más de 300.000 toneladas de piedra basáltica.

Las fotografías que al frente de estas líneas reproducimos nos han sido remitidas por D. Elicio Lecuona, á quien damos por su atención las más expresivas gracias.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

MAPAS DE LAS 49 PROVINCIAS ESPAÑOLAS. - Los mapas contenidos en este atlas que acaba de publicar la casa Bailly-Bailliere é Hijos, de Madrid, están trazados con suma precisión y en ellos se marcan perfectamente los pueblos que cada provincia comprende, las carreteras, los ferrocarriles, los ríos, y se distinguen con suma claridad los signos que determinan la cabeza de partido, el límite, el ayuntamiento, la aldea, etc. Además cada mapa va acompañado de una descripción en la que se da á conocer el número de habitantes, superficie, partidos judiciales, ayuntamientos de la provincia, distrito militar y obispado á que pertenece, producción agrícola, importancia industrial y comercial, ferias y todos los detalles necesarios. Véndese el atlas á 1'50 peseta.

ALMANAQUE BASTINOS. - Además del calendario y de algunos anuncios de la casa editorial barcelonesa cuyo nombre lleva el almanaque, contiene éste varios artículos y poesías, profusamente ilustrados, de Federico Schwartz, Sixto Celorrio, R. Pomés, Antonio Royo y Villanova, Antonio J. Bastinos y T. Avila.

LUCHA ETERNA, por H. de Balzac. - BRAND, por E. Ibsen. - La biblioteca «Teatro Antiguo y Moderno» ha publicado estas dos obras, *Lucha eterna*, drama en cinco actos y un prólogo del ilustre literato francés, y *Brand*, poema dramático en cinco actos del celebrado dramaturgo noruego. Los nombres de sus respectivos autores son el mejor elogio que de estas obras puede hacerse: cada una en su género merece el calificativo de maestra. Editadas en Barcelona por D. Antonio López, véndese cada tomo á una peseta.

**PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL**  
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BUN BARRAL  
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.  
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

**FUMOUZE-ALBESPEYRES**  
 78, Faub. Saint-Denis  
 PARIS  
 y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTACION**  
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER  
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTACION.  
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.  
 Y LA FARMACIA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

INFLUENZA ★ RACHITIS  
 ANEMIA VINO AROUD CLOROSIS  
 El más poderoso Regenerador.

Las Personas que conocen las  
**PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT**  
 DE PARIS  
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

AVISO Á LAS SEÑORAS  
**EL ANIOL DE LOS DRES JORET-HONGUE**  
 CURA LOS DOLORES, REÍARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS  
 F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN - PARIS  
 165, Rue St-Honoré, 165  
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**LA SAGRADA BIBLIA**  
 EDICIÓN ILUSTRADA  
 á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas  
 Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

**PILDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

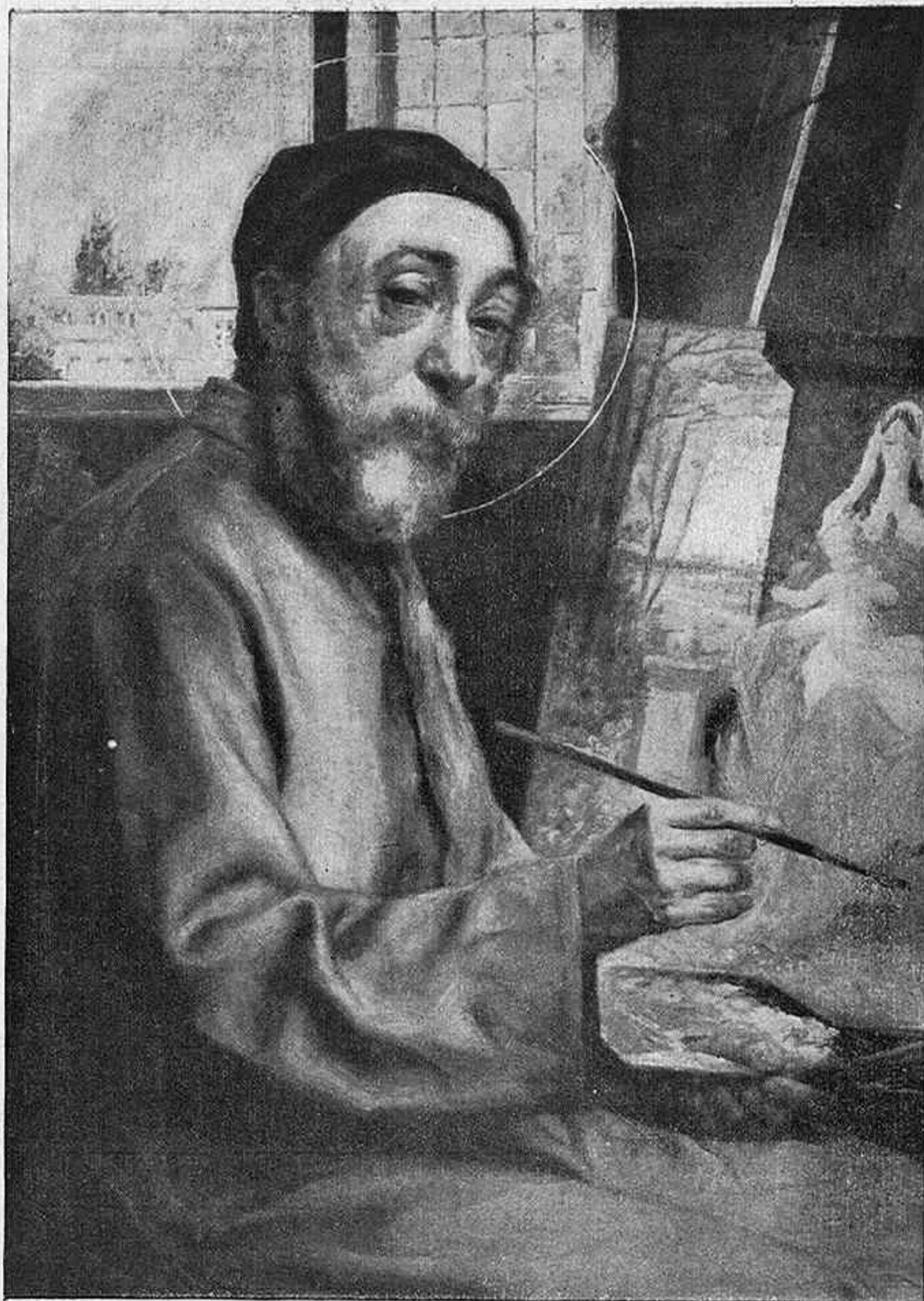
**PILDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**PILDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

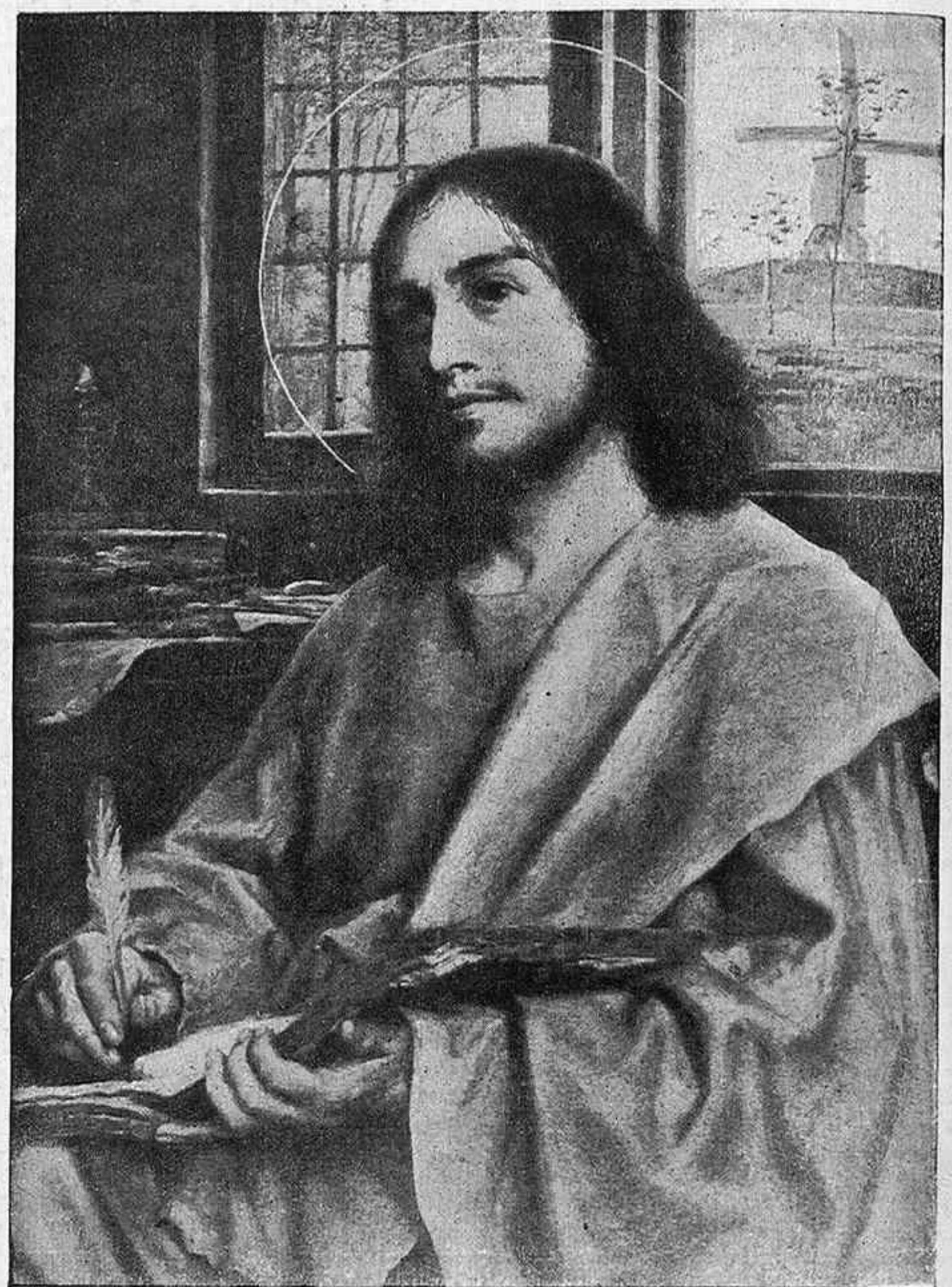
**AGUA LÉCHELLE**  
 HEMOSTÁTICA  
 Espantos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.  
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

**ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR**  
 célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de: Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. - Todas Farmacias.

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE**  
 Curadas por el Verdadero  
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.



San Lucas, cuadro de E. T. van Hove



San Juan Evangelista, cuadro de E. T. van Hove

**GARGANTA**  
VOZ y BOCA  
**PASTILLAS DE DETHAN**

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.— Precio: 12 REALES.  
Elegir en el rotulo a firma  
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO**  
PASTILLAS y POLVOS  
**PATERSON**  
en BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.  
Elegir en el rotulo a firma de J. FAYARD.  
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**ZÔMOL**  
JUGO DE CARNE DESECADO

**ZÔMOTERAPIA**  
EL ZÔMOL PLASMA MUSCULAR (Jugo de carne desecado)  
PREPARADO EN FRIO, encierra los preciosos elementos reconstituyentes de la carne cruda. Prescrito en la  
TUBERCULOSIS, la NEURASTENIA, la CLOROSIS, la ANEMIA, la CONVALESCENCIA, etc.  
Tres cucharaditas de café de Zômol representan EL JUGO DE 200 GRAMOS DE CARNE CRUDA.  
PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.

**REMEDIO DE ABISINIA**  
**EXIBARD**  
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar  
SOBERANO contra  
**ASMA**  
CATARRO, OPRESIÓN  
y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.  
30 AÑOS DE BUEN EXITO  
MEDALLAS ORO y PLATA.  
PARIS, 102, Rue Richelieu.— Todas Farmacias.

**VINO NOURRY**  
ANEMIA  
DEBILIDAD  
LINFATISMO y  
ENFERMEDADES del PECHO

Por su sabor agradable y su eficacia en los casos de  
Sustituye con ventaja á las Emulsiones y al Aceite de Hígado de Bacalao.  
CLIN y COMAR, PARIS — y en todas las Farmacias.

Reumáticos y Gotosos!  
Tratado de curaros con la Legítima  
**PISTOIA**  
PLANCHE  
(DOS SIGLOS DE ÉXITO)  
No contiene ni Colchico, ni sustancia venenosa.  
CURA la GOTA el Reumatismo, el Artritis, la Diabetes, las Enfermedades del Hígado y de los Riñones.  
F.ª PLANCHE en Marsella (Francia).  
En todas las Farmacias bien surtidas.

Frasco 5 fr. en Paris  
**PUREZA DEL CUTIS**  
— LAIT ANTÉPÉLIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
ó Leche Candès  
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOSES EFLORESCENCIAS ROJECES.  
Pone y conserva el cutis limpio y terso  
CANDES etc.  
B.ª St-Denis, 46

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.  
Exigir la Firma WLINSI.  
DÉPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

**PATE ÉPILATOIRE DUSSEY** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN